

AÑO JUBILAR

DEL

PRIMER CENTENARIO

DEL NACIMIENTO

DEL EXCELENTÍSIMO SR. DR.

Don Gabriel García Moreno

1821 - 1921



*Colección Literaria
del "Centro Popular
García Moreno"* □
□ □ Tomo I □ □

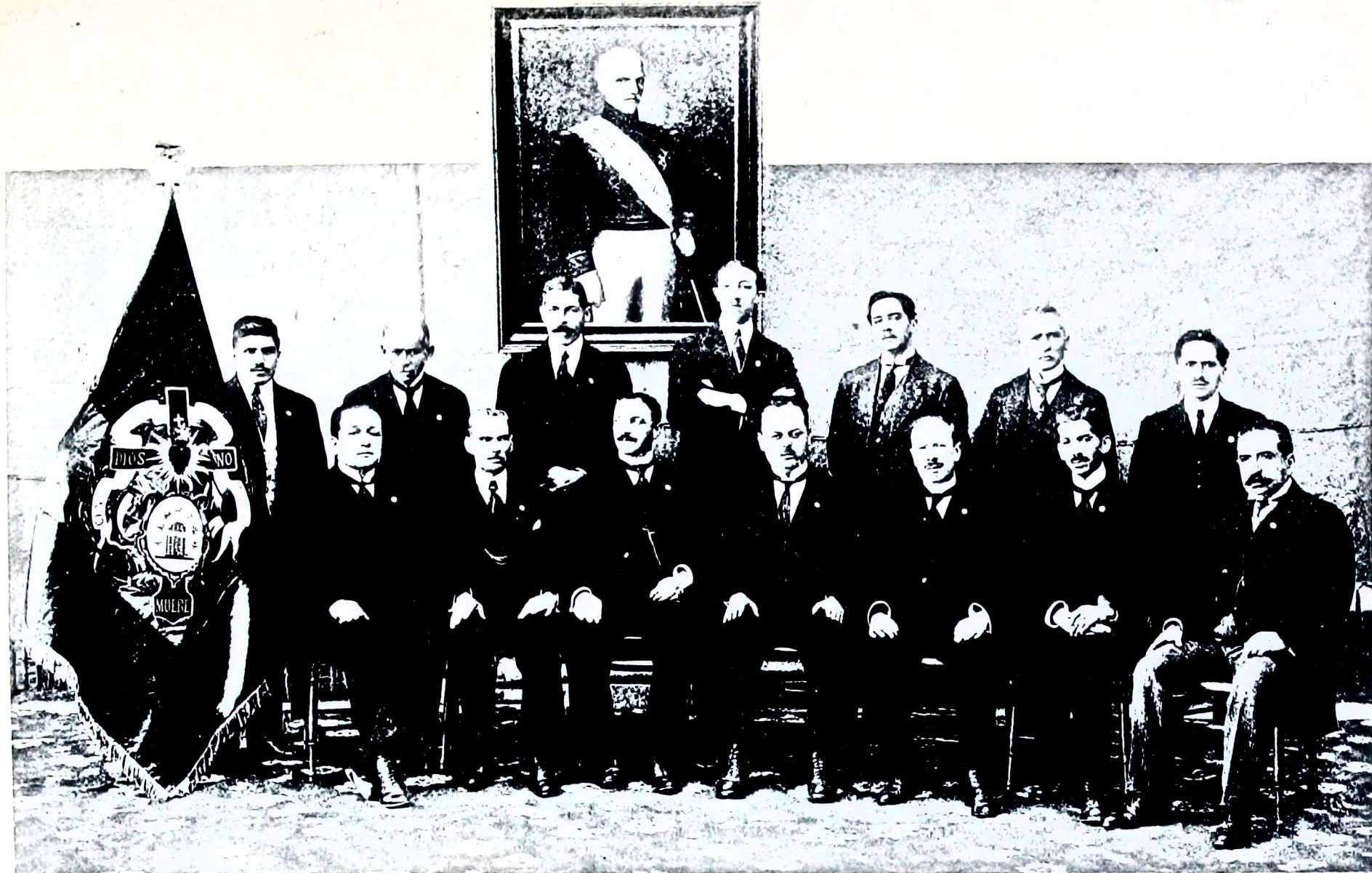
QUITO — 1921

Imprenta y Encuadernación de JULIO SÁENZ R.

TIPÓGRAFO - EDITOR

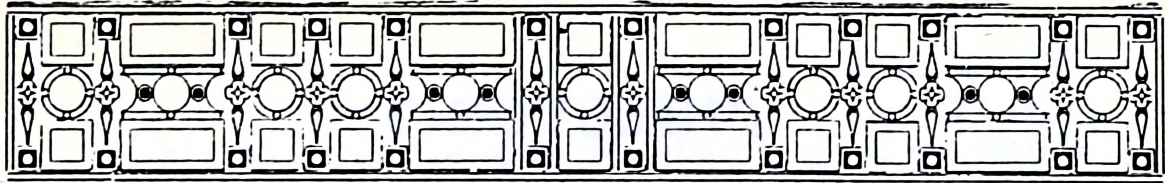
24, Carrera Mideros, 24

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



Directorio del "Centro Popular García Moreno"

De izquierda a derecha, sentados, Señores: Dr. Manuel Granizo D., Dn. Carlos J. Alborno, Dn. Carlos J. Mateus y García, Dr. Luis A. Salgado, Dn. L. Aurelio del Castillo, Dn. Luis F. Valenzuela R. y Dn. Antonio Cevallos H.
De pie, Señores: Dn. Rafael Moncayo Albuja, Dn. Rafael López M., Dn. José M. Santander, Dn. Luis F. Acosta, Dn. Carlos M. Ron Sierra, Dn. Julio Sáenz Rebolledo y Dn. Félix Romero Hidalgo.



Datos de Historia

El 15 de Julio de 1920, reunidos los señores Carlos J. Albornoz, Dr. Luis A. Salgado, Luis A. del Castillo, Carlos M. Ron Sierra, Rodolfo Pozos, Estuardo Arboleda, César Acosta, Pedro M. Sono, Luis F. Acosta, Alfredo Salvador, J. Benigno Veintimilla, Nicolás Raza, Manuel M. Guzmán, César Raza, Luis F. Valenzuela, Jesús Raza y J. Edmundo Acevedo J., resolvieron formar el Centro Popular «García Moreno» con el propósito de rendir un tributo de justicia y gratitud al ecuatoriano de mayor renombre: Excmo. Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno, en el primer Centenario de su nacimiento.

Al efecto se designó un Directorio Provisional compuesto por los Sres. Carlos J. Albornoz, Presidente; Vocales principales: Dr. Luis A. Salgado, Luis A. del Castillo, Carlos M. Ron Sierra y Luis F. Acosta; y Suplentes: Rodolfo Pozos, Luis F. Valenzuela, Pedro M. Sono y César Acosta, en el orden respectivo; Secretario, J. Edmundo Acevedo J.; y Prosecretario, Estuardo Arboleda.

El 27 del mismo mes y año, previo el nombramiento de comisionados que fueran a invitar personalmente a las sociedades obreras de la ciudad, se eligió el Directorio Definitivo en medio de una numerosa asistencia, entusiasmada por las oportunas alocuciones de los Sres. Carlos J. Albornoz y Dr. Luis A. Salgado.

El Centro Popular «García Moreno» logró captarse desde sus comienzos generales simpatías y el espacioso salón del «Centro Católico de Obreros» resultó estrecho en la toma de posesión del Directorio, el 3 de Agosto de 1920.

Inmediatamente se formuló su Reglamento, se dirigieron sendas circulares a distinguidos ciudadanos de todas las provincias, sociedades obreras, prensa nacional y extranjera, y clero; ufanándose de haber suscitado una verdadera apoteosis de García Moreno, y de contar en el glorioso 24 de Diciembre de 1921, con el siguiente personal:

DIRECTORIO

Presidente Honorario, *Sr. Dn. Carlos Fernández Madrid*
Presidente Efectivo, “ “ *Carlos J. Mateus y García*
Vicepresidente, “ “ *Carlos J. Albornoz*

VOCALES PRINCIPALES

Sres.:—Dr. Luis A. Salgado, Luis A. del Castillo, Antonio Cevallos H., Dr. Manuel Granizo D. y Luis F. Valenzuela.

VOCALES SUPLENTES

Sres.:—Julio Sáenz Rebolledo, Jorge Salas, Luis F. Acosta, José M. Santander y Rafael López M.

Tesorero, Sr. Dr. Dn. Eliseo Ron Sierra
Protesorero, Sr. Dn. Félix Romero Hidalgo
Secretario, Sr. Dn. Carlos M. Ron Sierra
Prosecretario, Sr. Rafael Moncayo Albuja

SOCIOS

Doctores:—D. Carlos García Drouet, D. José Justiniano Estupiñán, D. Miguel Abelardo Egas, D. José María Vivar, D. Carlos F. Gómez, D. Virgilio Chiriboga O., D. Agustín Valarezo D., Manuel Larrea L., D. José Miguel Araujo A., D. José Ponce Elizalde, D. Manuel de Guzmán, D. Maximiliano Donoso Ch., D. Manuel Bustamante G., D. Rafael María Pólit, D. Nicanor Mera, D. Augusto Bueno, D. Alfonso Rivadeneira.

Señores:—F. I. Salazar G., A. Salazar Gangotena, Pablo Guarderas V., L. R. Espinosa, Julio Chiriboga R., Rafael C. Albornoz, José I. Gangotena Ch., Víctor Donoso Larrea, Joaquín Ruales A., C. M. Larrea, L. Ponce A., Ulpiano J. Espinosa, Pedro Pallares A., R. Almeida B., Alejandro Troya, Ricardo Regalado, Rafael Angel Cabezas, Leoncio Sáenz, Jorge J. Robalino, Miguel Eloy Oberti, J. M. Espinosa A., Pedro J. Muñoz S., J. J. Narváez R., Gabriel Sarasti A., J. Justiniano Estupiñán O., Luis G. Estupiñán O., Alberto Gómez de la Torre, Rafael E. Dávila, Alfredo Martínez, J. M. Gómez de la Torre, Julio F. Daste, Manuel Rubianes, Enrique Rubianes, Alberto Arboleda M., Aparicio Córdova, Rafael Sierra E., Leopoldo Bastidas, Reinaldo Suá-

rez, Ezequiel L. Paz, Luciano Oñate, Luis Gallardo T., Fernando Burbano de Lara, Daniel J. Andrade, Luis F. Burbano de Lara, Ricardo Hermilo Rueda C., Eduardo Caicedo Suárez, Juan Pablo Sanz, Francisco Rueda C., Rodolfo Pazos, Antonio Paredes, José María Rodríguez, Nicolás A. Cevallos, Antonio Gallo, José Antonio Bastidas, Benjamín Rodríguez, Antonio Rivadeneira, Alejandro Ponce A., Vicente Muñoz, Enrique Cervantes, Juan E. Díaz, Rosalino Terán, Ernesto Córdova, León Pacífico Bravo, César Aurelio Andrade, Gabriel Arboleda, José U. Murillo, Francisco Vásconez, Sergio Rodríguez, Gerardo Pazmiño, Víctor Valenzuela R., J. Benigno Veintimilla, Alberto Yépez, Juan Valenzuela y R., Daniel Mestanza G., José A. Florez, Luis F. Donoso, Valentín Jiménez, Emilio Baquero, José R. Arboleda, César A. Acosta L., Jorge Játiva Zambrano, José Ricardo Mosquera, Federico C. Mera, Eloy Muñoz, Angel Benigno Ocampo, José María Ortí, Telésforo Salvador, Rosendo J. Romero V., José Ramón Paredes, Antonio Guerra, Pedro M. Dueñas, Luis Cano, Pedro M. Andrade, Angel Ocaña, José Ignacio Montenegro, Luis Guerra, Facundo Proaño, Marcos Gallardo, Manuel Fernández, Segundo Rodríguez, Alfonso Cano, Jorge H. Fuentes M., José Antonio López S., Teodoro Jácome M., Pedro M. Sono, Alejandro J. Pérez, Julio C. Navarrete, Flavio Andrade, Víctor H. Mantilla, Víctor Medina T., Carlos Raza, Benjamín Díaz M. José R. Estrella, Manuel Esparza, Manuel Miño Cervantes, Alejandro Palacios, Manuel S. Navarrete, Ramón N. Maldonado, Juan Alvarez, José Gabriel Bermeo, José I. Coba, José Estrella, Luis Guayasamín T., Segundo T. Herrera, Carlos López, Federico N. Manzo, José S. Navarrete, Manuel J. Ochoa, Teodoro Pazmiño, Luis F. Quijano, Segundo Reinoso R., José Antonio Solís M., Francisco Torres, Matías Valladares, Alejandro Yépez C., Pedro J. Arce, Juan P. Carrera, Julio Galarza, Antonio Lema, Julio C. Moreno, José J. Naranjo, Ezequiel Proaño, Fidel M. Rodríguez, Antonio José Sánchez, Segundo Tinajero, Miguel Unda T. Manuel A. Vivero, Daniel Chilibingua, José Julián Vega, Manuel María Alarcón, José M. Cárdenas, Juan B. Guzmán, Andrés Montenegro T., Manuel L. Pazmiño, Juan B. Raza, Manuel Santacruz, Luis Enrique Tobar, Federico Villegas, Luis V. Arias, Enrique Avilez, Camilo Cárdenas, José Muñoz, Cornelio Ch. Ruiz, José Salgado, Andrés Torres, José Rafael Vásconez, José Leonidas Achig, Augusto Galarza Neira, Miguel A. Pérez, Luis A. Romero, Luis A. Santacruz, Víctor Andino, Miguel Roldán, José Rafael Acevedo, y varios otros.

SESION INAUGURAL

DISCURSO DEL SR. DN. CARLOS J. ALBORNOZ, PRESIDENTE PROVISIONAL DEL «CENTRO POPULAR GARCÍA MORENO»

Señores:

Nada más placentero para un corazón dotado de sentimientos ciudadanos que ver lo más selecto del pueblo heroico de Quito, si por su laboriosidad, si por su honradez, concurrir, anhelante, a la cita que le da el patriotismo, la cultura social, la religiosidad; y congregarse entusiasta, a rendir pleito-homenaje al que fue y será gloria de la Patria, gloria de la humanidad, gloria de la Iglesia! Y digo será, porque el beso de la muerte inmortaliza al genio, como el beso de la noche enciende la estrella. La gota de agua se volatiza y forma la nube, la nube se tiende a los pies del sol y brilla como ascua de oro: ascua de oro es a los pies de Dios Eterno, el Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno.

Paréceme, al estar en vuestra presencia, que me hallo ante un bouquet de violetas que, si escondidas, por humildes, difunden perfume delicadísimo de la esencia más suave y deleitosa: *perfume de gratitud*; de esa flor en el mundo desconocida que sólo la aspirarán con fruición indescifrable, infinita, los venturosos, en los templos de la divinidad, y que se eleva como la inmortal sabea hasta el trono mismo de Dios.

Os congregáis en este recinto, para dar la prueba más elocuente de que tenéis sentimientos altamente patrióticos, sociales y religiosos; términos sentados, como primeras palabras, indicadores de altísimos sentimientos, en este mal pergeñado discurso, y que, vuestra conocida benevolencia, me da aliento para ampliarlas, ante vuestro ilustrado criterio, en cortos períodos; ya que, en esta Junta inaugural, debo abstenerme, por la condición misma del acto, de dar amplitud a mis razonamientos.

Patriotismo! cultura social! espíritu religioso! ¿Y no será patriota el hombre que, inspirándose en su intelectualidad incomparable, en su fuerza de voluntad gigantea, en su constancia sin segundo, en su laboriosidad incansable, supo y pudo encauzar su Patria por el sendero de la grandeza y civilización: sendero glorioso, en que empezó a dar los primeros pasos, cuando, desgraciadamente, fueron coartados, al caer, ese iniciador, ese maestro, ese conductor, víctima del

acero sectario, enemigo solapado y soez de todo lo que es verdadero progreso intelectual, cívico y moral? Y no será verdadera obra de patriotismo, laborar, en todas las formas posibles, con la amplitud más irrestricta, para acercarse al bello, sublime ideal de llevar a efecto, la realización justiciera, de grabar en mármol o en bronce, para recuerdo o admiración de las presentes y futuras generaciones, el monumento al gran genio, al que, sin exageración, ni la más mínima, puede y debe llamarse *Gloria de la Patria*?

Gloria de la humanidad! No es este punto para que trate de él mi conocida incapacidad. Al sol no se le puede contemplar, so pena de merecer ceguera! Las virtudes cívicas del «hombre que honró al hombre» según gráfica expresión muy popular y conocida, no son para descritas; y si las grandes intelectualidades créense quedar deslumbradas ante el claror de ese luminar bellísimo, con que Dios Creador obsequió a nuestro amado suelo; ¿qué pueden decir, por mis labios, la ignorancia y pobreza de mi cerebro y corazón? Lo sentimos; más, no podemos describir Para no empañar el cristal, es mejor no tomarlo entre las manos.

Que fué gloria de la Iglesia! Ya lo definieron los inmortales Pío IX y León XIII al calificarle: «Mártir del Catolicismo». Los mártires son santos, y los santos, gloria son de la Iglesia!

Gloria de la Patria! Gloria de la humanidad! Gloria de la Iglesia! he ahí, lo que sintetiza el hombre que se llamó Gabriel García Moreno; y al tomar, hoy, esta selecta agrupación de buenos ciudadanos, patriotas y creyentes por título distintivo «Centro Popular García Moreno,» no le damos honra a él, la recibimos! Las bellezas que se admiran en la tierra con los efectos de la luz, al sol deben su eficaz beneficio.

Procedamos pues, señores, a elegir el Directorio de este importante Centro. Hagámoslo con independencia, entusiasmo y alteza de miras; pues, juzgo que de la base fundamental depende, quizá, la estabilidad del edificio, y no podremos llegar a elevar una columna, si no la cimentamos en la piedra angular llamada patriotismo desinteresado.

Para concluir, hago presente mi voto de sincera gratitud a los amables señores que, me honraron con el título de Presidente del Directorio Provisional del Centro Popular García Moreno; y, al resignar hoy, la presidencia en manos de quien, por sus merecimientos, fuere el más digno de dirigir nuestro Centro, hago los más fervientes votos, para que, esta agrupación distinguida, prospere y se engrandezca a la sombra de las egregias virtudes: Justicia! Gratitud!

He dicho.

DISCURSO DEL SR. DR. LUIS A. SALGADO

Sr. Presidente del Directorio Provisional del «Centro Popular García Moreno,»

Señores miembros de las sociedades católicas de esta capital:

El día 24 de Diciembre de 1921 recordará la historia ecuatoriana el primer centenario del nacimiento del Excmo. Sr. Dr. Dn: Gabriel García Moreno, cuya admirable actuación en pro de los intereses patrios y cuyos valientes rasgos gubernativos y culturales depositaron en el seno de nuestra República gérmenes de levantadas orientaciones públicas y privadas. La gratitud, pues, nos impone la obligación de rendir un testimonio elocuente de perdurable afecto, veneración y reconocimiento al eminente patricio, cuya figura se la distingue en medio de la inmensidad de la historia, por los vivos fulgores que irradia desde la región superior a donde le han elevado sus excelsos merecimientos. El silencio del olvido va a llegar a su término con motivo del fausto suceso de la celebración de tal centenario, en que se hará la solemne apoteosis del ilustre Regenerador de la Patria y Mártir de la civilización católica.

El extravío del criterio, en veces, ha dado origen para la conmemoración del centenario del nacimiento o muerte de personajes de dudosa reputación: nosotros, empero, como un acto de rigurosa justicia y en prueba de que sabemos aquilatar el verdadero mérito, realizamos hoy este movimiento simpático de concentración, para mostrarnos respetables por la firmeza en el cumplimiento de uno de nuestros más sagrados deberes, cual es el de honrar a la patria, preparándonos a honrar a su más preclaro hijo, quien en breves años de gobierno consiguió levantar al Ecuador a un envidiable grado de prosperidad moral y material, fija la mirada en el sol resplandeciente de la verdad católica, llevando en las manos la antorcha rutilante de la fe y habiendo fijado como divisa en la bandera desplegada en el combate por el imperio del orden el expresivo lema «Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores.»

Sobremanoera oportuno y alentador tiene que ser tal festejo en los actuales tiempos, en que arriada la bandera de las alturas gubernativas en que el Grande Hombre supo colocarla, ha sido desgraciadamente reemplazada por el pendón emblema de hostilidad al derecho cristiano, a la vez

que del triunfo de la tiranía, del desorden con todo su séquito de calamidades y quebrantos.

Si, señores, un cuadro de dolor es el que se ofrece a nuestra contemplación en la época presente. Nublados los ojos por el llanto, vemos a la Madre común sumida en un abismo sin fondo de miserias; está eclipsado el sol de la civilización cristiana con negros nubarrones; bambolean los fundamentos que sirven para asegurar la estabilidad de la familia y de las sociedades y corporaciones establecidas para el cumplimiento de todos los fines humanos; se extiende a manera de espesa niebla la indiferencia por los ideales con que García Moreno hizo la felicidad del Ecuador, y que ahora la frivolidad predominante desprecia como locuras; entre los ruidos y algaradas del espíritu materialista moderno se menosprecia la verdad católica, conforme el régimen imperante va desencadenando contra ella recio huracán de odios y poniéndole más y más trabas para su libre acción y desarrollo; la vil cobardía hace alardes de prudencia y abandona el sendero hollado por el Héroe Martir, porque en él sólo encuentra abrojos y privaciones y porque no descubre esa cobardía la abundancia que ha menester para dar pábulo a la fastuosidad y para proporcionarse, a trueque de la dignidad personal, el goce de placeres efímeros; entre los mismos que se dicen amantes de la buena causa se nota, con honda pesadumbre, esa ciega adoración al propio orgullo, al propio bienestar individual, que imposibilitan, en lo absoluto, una acción conjunta para obtener el resurgimiento del orden y la justicia; se ha llegado, en resumen, a perder el verdadero concepto de orden y se acepta que con este estado endémico de la Patria nos hallamos felices, gozando de paz y prosperidad.....

En medio de tan desesperante y pavorosa situación, brilla con más esplendor en el fondo de nuestras desolaciones, la excelsa figura de García Moreno, quien encontró el secreto de la verdadera paz y tranquilidad social en el derecho cristiano, y enseñó con sus actos públicos y privados que el origen y fundamento del orden radica en la observancia de la ley divina, que señaló sapientísimamente a cada uno de los seres racionales el lugar que les corresponde, para que armonizados libremente se presten, de manera mutua, las condiciones indispensables para el conseguimiento del común destino. Con las mentiras, señores, con que a todas horas se está pregonando la emancipación de la conciencia ciudadana, no se realizarán los ideales de orden y justicia, de verdadero respeto y garantía de los derechos; hay que convencerse de que no será redimida la República del Ecuador,

si sus dirigentes no buscan la armonía y bienestar individual y social en la aplicación de aquellas doctrinas y métodos con las cuales el gran gobernante engrandeció a la Patria, «colmándole de *inmensos e imperecederos beneficios materiales, intelectuales, morales y religiosos.*» Sin moral ni religión no adelantaremos un paso; ya lo dijo un notable publicista: «El Estado necesita que el espíritu moral y religioso de los pueblos vivifique la letra de las leyes, para que los deberes sociales se cumplan por algo superior a la fuerza». El único medio posible para el afianzamiento del reinado del orden es el irrestricto respeto al espíritu moral y religioso de los pueblos, es el incondicional apoyo a ese postulado tan lleno de trascendentales soluciones para la vida real de la sociedad: «Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores.»

Muy oportuno, pues, se presenta en estos tiempos el magno acontecimiento de la celebración del centenario de que me vengo preocupando, para difundir el exacto conocimiento de García Moreno, rodeado ya a raíz de sus grandes hechos de una aureola de afectuosa popularidad; y admirado hasta de sus mismos enemigos, que no han vaciado su criterio en el ciego espíritu de prevención y fanático partidatismo.

Preparémonos con fervor y entusiasmo para tal festejo con los primores de la elocuencia, manifestados en conferencias que ilustren los hechos culminantes del Vengador y Mártir del Derecho Cristiano; con el hechizo de veladas y representaciones dramáticas; con trabajos previos para levantar el gran monumento que atestigüe nuestra admiración y gratitud a ese extraordinario ciudadano; con folletos conmemorativos de sus hazañas y proezas.

Narremos y recordemos, señores, las proezas de nuestro Héroe en los momentos presentes en que vivimos bajo un cielo de bronce, rasgado con los rayos del odio, orgullo e interés personal, y en los que el pueblo honrado y temeroso de la ley divina experimenta infinito vacío y hondísimo malestar, deplorando la ausencia de todo lo grande y de todo lo bueno que García Moreno supo, a costa de tantas energías y sacrificios, implantar en nuestra hoy infortunada Patria.

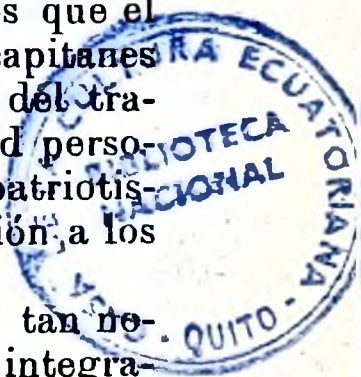
Narremos las virtudes de nuestro Héroe, ahora que ese pueblo abrumado y abatido escucha con horror el estentóreo y salvaje grito de desolación y ruina, con que se pasean del uno al otro confín de la República la insolencia y desenfreno; gritemos también con el Grande Hombre a los ecuatorianos, que no habrá salvación posible para los modernos Estados, como lo testimonia su anormal situación de desconcierto y

anarquía, expulsando a Jesucristo de los recintos donde se dictan leyes, de los tribunales de justicia, de los diversos ramos de administración pública, de la educación, de la familia, de las costumbres.....

No es mi propósito en este discurso ocuparme en el elogio del egregio varón, de cuyo esclarecido nombre se ha apoderado ya la historia. Si tal cosa pretendiera, cualquier elogio estaría por demás, al recordar tan sólo, que el inmortal Pontífice Pío IX, levantó al nuevo Carlomagno una estatua en Roma, y a quien uno de los Congresos del Ecuador le tributó solemnísimamente homenaje con el siguiente decreto: «El Ecuador por medio de sus legisladores, tributa a la memoria del Excmo. Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno el homenaje de su eterna gratitud y profunda veneración, y honra y glorifica su nombre con el dictado de Ilustre Regenerador de la Patria y Mártir de la civilización católica. Para recomendar su ilustre nombre a la posteridad, se erigirá una estatua que le represente en mármol o bronce, y en cuyo pedestal conste grabada esta inscripción; «La República del Ecuador agradecida, al Excmo. Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno, el primero de sus hijos, muerto por ella y por la Religión el 6 de Agosto de 1875.»

Por otra parte, el elogio de García Moreno deberán hacer en este Centro, plumas valientes y avezadas a la noble y ardua tarea de escribir, dirigidas por inteligencias poderosas y por corazones todo fuego. Quiero, sí, manifestaros que habiéndome cabido la iniciativa de la formación del Centro Popular García Moreno, me es grato informaros que el Directorio Provisional ha convocado a vosotros, capitanes del ejército ecuatoriano que milita en la campaña del trabajo, cimiento del dulce bienestar y de la dignidad personal, para que aportando el contingente de vuestro patriotismo y laboriosidad, déis realce con vuestra cooperación, a los festejos del 24 de Diciembre de 1921.

Vuestra cooperación será decisiva para el éxito de tan noble empresa. Sois los sucesores de los miembros que integraban las sociedades populares que en 1865 honraron a García Moreno con el siguiente acto de justicia: los representantes de diez sociedades populares se le acercaron un día a ofrecerle una medalla de oro, enriquecida con diamantes y con esta dedicatoria: «A García Moreno, modelo de virtud, como recuerdo de los servicios hechos a la Patria!» — «Nuestras sociedades, le dijeron, compuestas de considerable número de obreros y artesanos, esperan que seréis en lo porvenir, como habéis sido en lo pasado, firme sostén del orden y de la paz. Podéis contar con nosotros siempre que la Patria reclame



nuestros esfuerzos para conservar esas libertades públicas que vuestro valor, vuestro patriotismo y vuestra abnegación ha salvado del naufragio.»—García Moreno respondió que no tenía ningún derecho a aquella recompensa excepcional, pero que la aceptaba gustoso como la prueba más conmovedora de la estimación en que le tenían los hombres de bien.

El Centro Popular García Moreno para la consecución de sus fines se ufana en contar con la cooperación de las sociedades católicas invitadas a la presente reunión, y que persiguen los mismos o parecidos fines de aquellas que en el 65 justipreciaron el mérito del hombre excepcional de quien la patria conservará orgullosa el más glorioso recuerdo; quiere obrar conjuntamente con vosotros, hombres de bien, verdaderamente religiosos y patriotas, para ver realizados sus ideales; espera, en consecuencia, vuestra constante y patriótica labor, para ofrecer a García Moreno los solemnes homenajes que merece.

Aun cuando la vergonzosa prudencia de los apegados a los bienes materiales, la dejadez de los unos y la soberbia de los otros menosprecien nuestro Centro, que nuestros labios murmuren incesantemente con García Moreno «Dios no muere»; y demostremos nuestra entereza haciendo lo que esté en la esfera de nuestros alcances, seguros que desde el cielo aceptará gustoso García Moreno nuestros modestos a la vez que sinceros y desinteresados homenajes; será la prueba más conmovedora de los hombres de bien, para quienes no hay otro anhelo ni otro móvil que la paz y la ventura de la Patria.

Señores miembros de las sociedades católicas de esta Capital: cubríos de gloria ante las generaciones venideras, honrando al insigne benefactor de la Iglesia y pueblo ecuatorianos, y la Divina Providencia recompensando tan digna y provechosa labor, pronto enviará el hombre que necesitamos para la salvación del Ecuador.

TRASMISION PRESIDENCIAL

Discurso del Sr. Dn. Carlos J. Albornoz, Presidente del Directorio Provisional y Vicepresidente electo del Centro Popular «García Moreno», en el acto solemne de la toma de posesión de sus respectivos cargos, de los señores que componen el Directorio.

Señores Presidente Efectivo y Honorario:

Aquí tenéis un grupo selecto de nuestro pueblo capitolino que, ansioso de cumplir con su gran deuda de grati-

tud, y guiado por la Justicia, se apresura a circundaros, anhelando contribuir con todos los medios que estén a su alcance a la consecución de su noble objetivo: la erección del monumento que, para recuerdo y admiración de las presentes y futuras generaciones, debe el pueblo ecuatoriano consagrar al hombre providencial; al tipo más perfecto de intelectualidad y energía que, en los siglos de existencia de la virgen América, se ha conocido; al magistrado singular que Dios, como en premio especialísimo, por la consagración que a su Deífico Corazón debía posteriormente hacer de sí esta República, le hizo nacer en élla, y que rigiera sus destinos por pocos, pero fecundos años.

Vos que, entre los mil títulos y ejecutorias que os caracterizan, ostentáis una de las más significativas: ser digno vástago del Excmo. Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno; y vos, señor Presidente Honorario, a quien con solicitud paternal, él dirigió vuestros pasos juveniles haciendoo su amigo y confidente, hasta dejaros saturado, direlo así, de sus nobles sentimientos y magnánimas virtudes; vosotros dirigiréis nuestra acción con acierto, vosotros encauzaréis debidamente nuestras energías; y por ésto, el pueblo trabajador, el pueblo honrado, el pueblo patriota, el que jamás dobla su rodilla, sino ante Dios, porque sabe ser noble y desprecia a sus tiranos, os ha aclamado sus Presidentes.

Conciudadanos:

¿No es verdad que nuestro entusiasmo, crece de punto, al considerar que dedicamos nuestra labor a quién fue, el tipo magnífico, del magistrado cristiano, cuya alma fue apasionada por la causa de Dios, a quien defendió siempre firme, denodado, sin treguas ni cuartel, hasta exhalar el último aliento, empapado en su noble sangre?; de quién combatió contra el libertinaje y despotismo que invaden y atropellan las francas libertades cristianas y oprimen a los desvalidos?; de quién luchó contra la persecución injusta y orgullo que, sacudiendo toda obediencia, destierran de la sociedad el orden, la paz y la unión de los ciudadanos para lo bueno?; de quién proclamó, a voz en cuello en convencido acento, su fe con todas sus futuras realidades, y despertó el dormido entusiasmo, y arrastró y subyugó, victoriosamente y retó impávido, a la maldad, apostrofándola. «Desde los dombos de nuestras iglesias derribáis, oh impíos, la cruz de nuestro Dios, oid el fragor de su caída; pero aguardad, pues Aquel que nunca muere, la levantará y la estrellará en vuestra proterva frente.»

De otro lado ¿no aviva nuestro entusiasmo la idea de que, trabajaremos por una obra que ponga de relieve la *justicia y gratitud nacionales*? Y ¿quién se avergonzaría de titularse patriota? ¿dónde está, quién es el ecuatoriano que rehuya prestar su apoyo a lo que sea honra y decoro de su Patria? ¿qué indigno se encontrará en este suelo, bendecido, que no ame su esplendor y lustre?; porque todo ecuatoriano ama a su patria con la amplitud del fuego de sus volcanes, y sonríe, placentero cuando se admira al hijo distinguido, enalteciéndolo, con la placidez con que sonríen nuestras fuentes y arroyos en las primaverales praderas de nuestro suelo ecuatorial!!

Por fin y para no cansar vuestra benévola atención ¿no es verdad que entusiasma ver a nuestra cabeza, como nuestros dirigentes, como nuestros conmlitones y compañeros de labor, a personajes como Dn. Carlos Mateus y García y Dn. Carlos Fernández Madrid, honra y prez de nuestra sociedad, quienes con su influjo poderoso, inteligencia, sagacidad y prudencia allanarán las dificultades que encontraremos seguramente, en nuestro camino; que animarán a los cansados, estimularán a los fuertes, guiarán a los miopes (quiero decir, a los pesimistas), excitarán a los menos animosos, tenderán sus ramas protectoras sobre todos; y a su sombra, como a la sombra benéfica de robusto cedro, respiraremos de nuestras fatigas, enjugaremos nuestro sudor y tomaremos brios para continuar en nuestra obra, bien llegue a realizarse después de medio siglo!!

Estos obreros forman una unidad, un centro común; os lo entrego, pues, hoy, señores Presidentes y vedlo regocijado, orgulloso de su obra, con ese santo orgullo que se llama dignidad decorosa, ostentando su lema de distinción: «Centro Popular García Moreno.» Esta entrega que os hago, con el carácter de Presidente del Directorio Provisional constituye uno de los mayores triunfos, uno de los mayores goces que he experimentado. Así quería confiar a vuestra dirección inteligente, esta porción escogida de nuestro pueblo: constituida ya en agrupación con la cohesión debida; con su Directorio muy bien seleccionado; con su entusiasmo, con su vida propia; y para que ésta sea fructífera y eficaz, os pido, que una de las primeras disposiciones que déis, sea la de la formación, discusión y aprobación de sus Estatutos.

Este pueblo laborioso y honrado quiere que se ensanche el círculo de acción en toda la República, por medio de Comités provinciales y subcomités cantonales; pues que, toda, toda la Nación fue beneficiada por el hombre providencial.

Que se ponga esta obra de justicia debida: *el monumento a García Moreno*, bajo la protección de la Iglesia y que, las aureas mitras de los señores Arzobispo y Obispos del Ecuador nos guien, favoreciendo la obra con su paternal bendición; que los cleros secular y regular nos den su poderoso apoyo, excitando a sus feligresías y relacionados, a contribuir a la magna obra. ¿No fué García el Grande, el báculo y sostenedor infatigable de los derechos de la Iglesia, no fue su defensor, y por fin mártir del Catolicismo?

Que se nombren Colectores honorables y acuciosos, en todo lugar donde funcione un Comité, para que recojan el donativo del rico, el obsequio de la matrona, el centavo del pobre, ese grano de arena valiosísimo que ha impulsado, en todos tiempos, las grandes obras dándolas petrea compactibilidad, como que es de inmenso valor y aprecio: y que esas grandes y pequeñas cantidades erogadas, se sigan aglomerando en una institución bancaria respetable, mientras nos consideremos fuertes, para emprender, ya, la Obra de Reparación y Justicia.

Que se gestione eficazmente, ante el próximo Congreso para que se destine una de las plazas de esta ciudad, si quiera sea la plazoleta de la Alameda para erigir en ella, el monumento. ¿No está obligada la Nación, como Nación, a honrar la memoria del genio que le ha dado gloria; del hijo que le ha dado honra ante América, ante Europa, ante el mundo entero?

Que se abran las puertas de los recintos de los Comités a todos los ecuatorianos; pues, aún, sus mismos enemigos políticos ¿no admiran al hombre extraordinario? Y, si hay nobleza como debe haber en todo corazón que late, se abriga y enaltece al calor del sol ecuatorial ¿no colaborarán con nosotros, para llevar a debido término esta obra de estricta justicia nacional?

Que sean admitidos, diré más, que sean invitados todos, todos los ecuatorianos especialmente los periodistas a tomar parte en nuestras discusiones; pues, ¿no perseguimos un fin bueno, y, el bien no debe hacerse públicamente, a la luz meridiana? Que haya espíritus protervos que echen mano, en hora mala, con el fin de amordazar, de extinguir nuestra labor, del sofisma, de la burla, de la injuria, es de esperarse, pero a la vez, de despreciarlo; ya que no lograrán ver ahogado nuestro anhelo, entre las mallas de necios sofismas, ni maltrecho y moribundo por los dardos del sarcasmo. Que debemos esperarlo, y quizá, con mayor furor, de parte de los propios que de los contrarios, no nos puede quedar duda; ya que empezamos nuestros trabajos en épo-

ca como la presente de matador y general indiferentismo religioso, de omnímoda y malsana independencia, de pasiones que rompen y despedazan el freno de toda ley, de crisis formidable, de egoísmo y de nunca vistos cataclismos sociales; pero esperamos que sabrá imponerse nuestra acción, con dulzura que ablande la dureza de la insensibilidad, con fuerza superior y avasalladora; sabrá restaurar y defender la fe que ilustra, la obediencia que ennoblece, la gratitud que dignifica, la justicia que rehabilita y repara, y la caridad que aproxima y unifica. Mas, si estos medios consiliatorios no fueren suficientes, vengan la burla y el desprecio, vengan la injuria y la calumnia, venga la persecución, vengan; pues nuestros cansancios serán fuentes de vitalidad; y, nuestros sinsabores, nuestras amargas y congojas, nuestros sacrificios y lágrimas serán preludios de himnos.

Os doy, pues, en representación del «Centro Popular García Moreno» posesión del sillón presidencial tan dignamente merecido por vosotros.

He dicho.

DISCURSO DEL SEÑOR CARLOS J. MATEUS Y GARCIA
PRESIDENTE EFECTIVO DEL «CENTRO POPULAR
GARCIA MORENO»

Señor Presidente Provisional, Señores:

Grata e inesperada sorpresa recibí con la noticia del honor inmerecido y no buscado con que la generosa hidalguía de este Centro me ha distinguido, y que en su gallardía para conmigo, me ha llamado a formar parte de un núcleo de ciudadanos llenos de amor patrio, estimadores de lo bueno, donde se han juntado la honradez, el talento y el trabajo para laborar con sus elementos de consuno con el fin de propender a la glorificación perpetua en el bronce del «hombre que honra al hombre».

Sorpresa, y mucha, fue la recibida; pero embargado por la emoción acepté gustoso el honor que excede a mis aptitudes. Más, si grande es el dón recibido, grande es el amor con que se acepta y grande es también la voluntad de trabajar juntos para conseguir el fin nobilísimo que perseguimos.

Inmensa es la deuda de gratitud que la patria ecuatoriana tiene para con el Excmo. señor doctor don Gabriel Gar-

cía Moreno, por lo mismo, los ecuatorianos todos, sin distinción alguna, debemos contribuir a que sea honrado su nombre. Es pues, menester propender a que este Centro tenga la mayor amplitud posible, que ajeno por completo a la política, comprenda entre sus miembros a todos los que admiran al Grande Hombre y quieran rendir homenaje a su memoria, y, que en igualdad de miras, junto a los ecuatorianos ya sean religiosos o seculares, militares o civiles, conservadores o liberales.

Para mejor conseguir todo el éxito deseable en nuestro noble empeño, debemos tender a la formación de otros Centros en las capitales de provincias y en los cantones todos de la República, para que el esfuerzo unido, dé mayor resultado; para demostrar al mundo que el Ecuador todo, del uno al otro confín, se compone de pechos generosos donde laten corazones amantes de sus glorias, y gloria muy grande es para nosotros el adalid de la civilización y del derecho.

Este Centro tendrá siempre el distintivo de haber sido el primero de querer dar forma práctica a la idea lanzada ya anteriormente de celebrar el Centenario del nacimiento de García Moreno dedicando un monumento a su memoria; fin que conseguiremos indudablemente, pues buscaremos y aceptaremos el apoyo y auxilio que quieran darnos nuestros conciudadanos. Para ser pues dignos de conservar este sello distintivo es indispensable que la acción siga al pensamiento, y a los buenos deseos los hechos y no omitir esfuerzo alguno para que éstos correspondan a nuestro anhelo.

Próximo como está a reunirse el Congreso Nacional deberemos juntar nuestros nombres a los de otros ciudadanos para pedir y obtener señale el lugar, ceda el sitio donde pueda erigirse dignamente su estatua que siendo un bello adorno de la ciudad, será digna de la nación que enaltece con sus glorias y digna del hijo ensalzado por ella.

Muy importante es la redacción, discusión y aprobación de los Estatutos que deban regirnos, ya que ellos nos servirán de regla, y serán la guía y norma que dirigirán nuestros actos para que en unidad de acción propendamos todos a llenar esta aspiración nacional.

Para terminar, pongo a mi vista, en primer término, los tan gratos como ineludibles deberes que vuestra benevolencia me impone en el honroso cargo que voy a ejercer; y quiero al propio tiempo, fijar vuestra atención en los deberes, no menos gratos e igualmente ineludibles, que vosotros os imponéis en esta noche en que lográis encanizar vuestro espontáneo y patriótico entusiasmo al hecho práctico de organizaros de manera uniforme y decisiva.

Tenga nuestro patriótico Centro una correcta inteligen-

cia de la verdadera condición que debe informar a la eficiencia del fin que con tanto ahinco anhelamos; y entonces lograremos realzar la significación fecunda de la obra gloriosa que surgirá al viril y noble impulso del corazón ecuatoriano.

He dicho.



DISCURSO DEL SEÑOR DON
Carlos Fernández Madrid
PRESIDENTE HONORARIO
DEL
«Centro Popular García Moreno»



Señores:

Vuelvo a manifestarles mi profundo reconocimiento por la distinción que me han hecho nombrándome Presidente Honorario del «Centro Popular García Moreno,» cuyo fin es honrar la memoria del hijo más esclarecido y virtuoso de nuestra querida Patria.

Tarda, señores, mucho tarda la justicia de los hombres, pero para los seres superiores como el señor García Moreno, llega al fin y se impone.—Talvez no tendré la felicidad de ver el monumento que la gratitud ecuatoriana ha de levantar a tan egregio varón, pero siquiera me ha sido dable presenciar que comienza a hacersele justicia, y, por mi parte, todas mis débiles fuerzas, lo poco que soy y lo poco que poseo, estarán siempre al servicio de los fines que se propone el Centro.

Vosotros, meritísimos ciudadanos, habéis dado el ejemplo y éste debe ser entusiastamente seguido por cuantos somos los admiradores del señor García Moreno, a fin de que se constituya un Comité Central que extienda su labor a toda la República, puesto que el homenaje debe ser eminentemente nacional y con absoluta prescindencia de toda política

He terminado.

GABRIEL GARCIA MORENO

Al Centro Popular **García Moreno** con motivo de la toma de posesión de su Directorio definitivo.

Bajo la sombra de la Cruz bendita
El bien buscó con incansable celo,
Y el Héroe atrajo para el patrio suelo
La caridad eterna e infinita.

A sus plantas rugió la hidra maldita
Del vicio y del error; fué su flagelo:
Puestos él y ella en formidable duelo,
Al crimen apeló la infame grito

Pero orgullosa la serena historia
Ensalza su perínclito heroísmo,
Del Mártir se enaltece con la gloria

Por su fé, sus proezas y civismo
Vivirá del Grande Hombre la memoria
Cuanto viva en el mundo el cristianismo.

LUIS A. SALGADO.

3 de Agosto de 1920.

VELADA INICIAL DEL AÑO JUBILAR

INVITACIÓN

“Señor:—En representación del Centro Popular García Moreno invitamos a Ud. a la Velada Literario-Musical, que con ocasión de iniciarse el año jubilar del centenario del nacimiento del inmortal García Moreno, tendrá lugar el 24 de las corrientes, a las 8 p. m., en el salón de actos de la escuela de los R. R. P. P. de la Merced, según el adjunto programa.—Acompañamos para el efecto las respectivas entradas personales.—Quito, 23 de Diciembre de 1920.—El Presidente, Carlos J. Mateus y García.—El Secretario, J. Edmundo Acevedo J.”

«Programa de la Velada Literario-Musical con que el Centro Popular García Moreno inicia el año jubilar del Centenario del nacimiento del Excmo. S. Dr. D. Gabriel García Moreno.—1º—Himno Nacional cantado por los socios del Centro.—2º—Discurso del Rvdmo. Sr. Dr. D. Tomás Vergara, Provicario General de la Arquidiócesis. —3º—*Air de Ballet.*—*Cecily Chaminade, op. 30*, ejecutada en el piano por el Sr. José I. Canelos, Profesor del Conservatorio Nacional.—4º—*García Moreno.*—Versos leídos por su autor Sr. D. Francisco I. Salazar G. —5º—*F. Andran.*—*Mascota.*—Fantasía por el “Sexteto Mendelsson. —6º—Discurso del Rvdo. Padre Miguel Martínez de la Vega, S. J.—7º—*Vecchia Canzone Spagnuola.*—*Tosti.*—Solo, cantado por el Sr. Dr. Luis A. Salgado.—8º—Discurso del Sr. Dr. Manuel Granizo D.—9º—*A Tobani.*—Paráfrasis de la melodía de Rubinstein por el Sexteto Mendelsson.—10º—Poesía declamada por su autor Sr. Dr. Eliseo Ron Sierra.—11º—*Canto autunnale.*—*Mendelsson.*—Duo cantado por el Sr. Dr. Luis A. Salgado y el Maestro Luis Carrillo.—12º—Discurso de agradecimiento por el Sr. Carlos J. Mateus y García, Presidente del Centro.—13º—*Patria.*—Marcha final, por la orquesta.»

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL RVDMO. SR. PRO-VICARIO
DR. DN. TOMAS VERGARA

Altamente honrado por el Centro Popular García Moreno para dirigiros la palabra al comenzar este acto literario-musical, en memoria del Grande Hombre, del Magistrado católico, doctor don Gabriel García Moreno, al iniciar el año jubilar del centenario de su nacimiento; me permitiréis exponer las razones que justifican y encomian el patriótico proceder del Centro Popular García Moreno. Mis conceptos y opiniones, bien entendido queda, son personales; y mal pudiera interpretarse como si fueran de la Autoridad Eclesiástica, a la que por hoy inmerecidamente represento.

*
*
*

Los pueblos y naciones tienen fechas indelebles, de gloriosas proezas o de siniestros acontecimientos; los primeros para su legítimo orgullo, para amargo escarmiento los segundos; cuentan en su familia con hijos ingratos que avergonzaron a su Patria, y con héroes que defendieron a su madre, y la cubrieron de inmarcesible gloria; a aquellos los

maldicen con el oprobioso inri de traidores y tiranos, a éstos les colman de bendiciones, con el dechado de héroes, grandes, próceres, padres de la Patria. Pueblo que se postra de rodillas ante quien le abofetea y olvida a sus bienhechores, bien merecelas cadenas que arrastra, y el dogal que le pusieron sus verdugos.

En esta vida de lucha, de odios, de intrigas y de intereses, a la Verdad y a la Virtud le disputan sus títulos y derechos el Error y el Vicio; y veces ha habido que éstos, a favor de la confusión y de los trastornos sociales, se presentaron con la máscara de la Verdad y del Bien; y, engañando a los pueblos en los primeros momentos de frenética exaltación, impusieron su yugo en nombre, eso sí, de la libertad, de la justicia, de la civilización, y como no está tan corrompida la humanidad, que admita el vicio por ser vicio, y el error por ser error, éstos se cubren siempre con el velo de la Verdad y de la Virtud, y exigen sus derechos.

¿Quedará el mundo perpetuamente condenado al engaño, a la incertidumbre, al escepticismo, a la injusticia? ¿No habrá Providencia? ¿Seguirán siempre triunfantes en el mundo los hijos del Error y del Vicio, y perseguidos los héroes, los justos, los benefactores de los pueblos? Ah! si hay Providencia! ¡Bendita Providencia! «¡Dios no muere!» El tiempo es su ministro en la tierra. El tiempo, que toda llaga cicatriza, que toda alegría marchita, que a su veloz carrera nada deja en pie, ni los recuerdos, que sepulta imperios, que destruye razas, que en su presencia se desvanece toda grandeza, y no deja huella de su paso; el tiempo, digo, sólo respeta la Verdad y la Virtud y a sus defensores; más aún, es su vindicación y gloria, porque la Verdad y la Virtud, como Dios, noson súbditos del tiempo, pertenecen a la inmortalidad. El vindicador del tiempo, que por lo pasado se llama historia, viene abriendo paso triunfal, pese a quien pesare, para colocar en su merecido trono de gratitud, de admiración y de gloria, al gran Magistrado católico, Gabriel García Moreno. Dentro de la República y fuera de ella, hombres célebres como Luis Veuillot, estadistas, publicistas, filósofos, sabios y escritores como Juan León Mera, Proaño, Toral, Aguirre, González Suárez, han reconocido y enaltecido las esclarecidas virtudes de García Moreno; y por fin, la voz de Dios, por labios de sus Vicarios en la tierra, pontífices como Pío IX y León XIII, ha puesto el sello divino a su grandeza. ¿Hay mejores votos?

Pregunto yo, parodiando a un escritor nuestro: si esta gloria manchamos, ¿qué nos queda por presentar a las naciones?

La Historia es el exacto fiel de la balanza del mérito o demérito de los hombres públicos y gobernantes. Hoy, después de un siglo, el pueblo ecuatoriano, casi en su totalidad, se propone con inusitado entusiasmo, en el centenario del nacimiento del Grande Hombre, rendir a su bienhechor, defensor y envidiable honra suya, el justísimo y público homenaje de admiración y de gratitud.

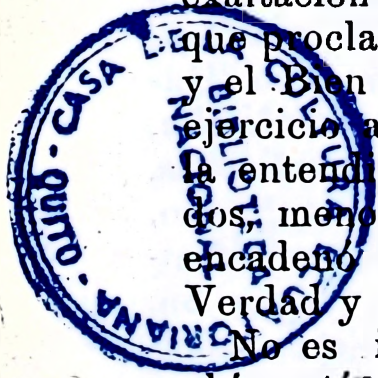
Cierto que en el Ecuador por doquiera encontramos impercederos monumentos del ínclito Presidente: caminos, puentes, ferrocarril, escuelas, universidades, observatorio, protectorado, asilos, cuanto significa adelanto, cuanto reclaman las miserias del pobre. Se me dirá por esto, ¿a qué otro monumento? ¡Ah! Los que existen, García Moreno se los levantó con su grandeza; falta el que le debe el pueblo ecuatoriano, para mostrar a las naciones que el Ecuador nunca puede olvidar a sus grandes hombres, menos al Magistrado que ofreció gustoso su sangre por la religión y por su patria. Y a cumplir este deber se prepara y esfuerza el Centro Popular García Moreno.

El verdadero y exacto concepto de la grandeza de los príncipes, y gobernantes, estriba en la justicia con que rigen, en el patriotismo con que se sacrifican, y en la fe con que se guían. Y justicia severa, inquebrantable, patriotismo sin igual y fe intensa fueron el sello de la conducta pública y privada del Grande Hombre.

Los magistrados son grandes, en cuanto son útiles a los pueblos, y en cuanto su vida y su gobierno sirven de modelo que se perpetúe en todos los tiempos; y cuando para sus súbditos buscan el bienestar, que consiste en la libertad, la paz, la abundancia, todo esto bajo la protección de Dios, Rey de Reyes y Señor de los Señores.

Libertad, pero libertad verdadera, no la que fomenta la exaltación de las pasiones, sino la que las encadena; no la que proclama rebelión, sino el derecho, que sólo la Verdad y el Bien poseen ante la ley, de no ser impedidos en el ejercicio amplio de su benéfica vitalidad. Libertad como la entendió García Moreno: «Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores.» García Moreno encadenó al crimen, y abrió sendas espaciosas y libres a la Verdad y al Bien.

No es incompatible ser grande y vivir como cristiano; ahí está García Moreno. Sería degradar al Evangelio y admitir una blasfemia, si únicamente la religión fuera del populacho y de gentes oscuras. La ley del Evangelio es la de todos los Estados, y la Religión el fin de todos los designios de Dios en el mundo. Pero, ¿dónde está el hom-



bre público que ponga, con valor y sin respeto humano, en vigencia, en su gobierno, estas máximas? Casi es gloria propia del Presidente García Moreno, grande por su fe, grande por sus sacrificios, grande porque fué víctima; siempre es grande la víctima, jamás el verdugo.

Nada, señores, honra más a la Religión que el ver a los poderosos y príncipes confundidos con los demás fieles, como lo practicaba García Moreno, al pie de los Altares para cumplir las obligaciones comunes y exteriores de la fe, cual particular y desconocido hijo de la Iglesia.

Ser creyente, profesar públicamente la Religión, cuando no hay enemigos de ella, cuando, al contrario, todo es fácil, honroso, y hasta el camino para un legítimo acomodo; si no es desmérito, tampoco hay mucha virtud. Mas, serlo como García Moreno, entronizar a Jesucristo en las cortes, en las leyes, parlamentos, códigos y universidades, en todas las venas de un gobierno; declarar el Evangelio, Código de su Nación; desafiar la burla y amenaza de sus adversarios de adentro y de afuera, en medio de un siglo impío, heredero del filosofismo del XVIII, a cuya cabeza estuvo Voltaire, que con satánica inspiración manchó y ridiculizó todo lo santo y sagrado; llevar la Cruz al Capitolio, y plantarla valiente como Constantino en su trono, heroísmo es, esta grandeza reservada estuvo únicamente al atleta católico, al gran García Moreno.

Al despertar su inteligencia, vió la obra nefanda de la Revolución Francesa, que invadió todo el mundo: guerra a Dios y a la Iglesia fué su grito que repercutió en América; y la religión padeció quebrantos en muchas naciones y también en la nuestra. Nuestro Ilustre Magistrado rompió esas cadenas, y el Ecuador, libre de los principios revolucionarios, libre de todos los errores condenados por el Syllabus, fué llevado por él a los pies del Vicario de Jesucristo como pueblo netamente católico, desligado de todo vínculo con la impiedad reinante, hasta merecer el glorioso título de la «República del Sagrado Corazón.»

Decidme Señores; a tales hechos ¿qué otra muerte correspondía? Quien planta la Cruz, en ella muere; Pedro la plantó en Roma, allí fué crucificado: García Moreno la plantó en el Ecuador, en el palacio, allí debía morir; otra muerte para él habría sido sin gloria.

Razones, pues, le sobran al pueblo ecuatoriano, en el Centenario del nacimiento de su Grande Hombre, para entusiasta y decidido emprender por medio del «Centro Popular,» del Ilustre Directorio y de los Centros provinciales, en la grandiosa obra del monumento al Héroe Mártir de

su patria, a quien, por su justicia, patriotismo y fe, las naciones le admiran, su patria aún le llora, y la Iglesia le bendice.

Quito, Diciembre 24 de 1920

García Moreno

(FRENTE A SU RETRATO)

Allí está! En el semblante
Revela la grandeza,
El fuego de los ojos
Del genio es un fulgor!
En la espaciosa frente
Y varonil cabeza,
Exhíbese al momento
El hombre superior.

Su cuerpo, erguido luce
Cual la gentil palmera
Que muévase al impulso
De brisa matinal;
Y se vé en el conjunto
Y en la actitud severa
Gallardo y noble fruto
Del sol ecuatorial.

Pero, más que su rostro
Y que su talle airoso
Admírase en García
Gigante un corazón;
Ante éste el Chimborazo
Y el Marañón grandioso
Sus nieves y sus hondas
Ocultan con rubor.

La grandeza del alma
No es la del mar Bravío
Que en tormentosos tumbos
Llevando muerte va;
No se alza cual columna,
Que ostenta el poderío
De destrucción y lava,
Orgullo del volcán.

La grandeza del alma
Tiene por norte el cielo,
Por senda la esperanza,
Por luz la caridad;
Al hombre le dedica

Su amor y su desvelo,
Venciendo vigorosa
Errores y maldad.

Y, García, el coloso
Del suelo ecuatoriano,
Guardaba esa grandeza
Cual límpido blasón;
El bien era su ensueño,
Y a conseguirlo, ufano,
Consagró la existencia
Las fuerzas, la ambición.

Y las ciencias, las artes,
La libertad, la gloria,
En tenebrosa noche,
Cubriéronse de luz;
La luz resplandeciente
Que, al canto de victoria,
Lanzó desde el Calvario
La redentora Cruz.

Al contemplar su triunfo
Guerra vil le juraron
Aquellos que tenían
Por feudo a esta nación;
Y al no poder vencerle,
Tirano le llamaron
Porqué salvó a su patria
De oprobio y de baldón.

Tirano es el que aspira
A personal grandeza
Y pisa con orgullo
La ley y la moral,
Tirano, el que en la tierra,
Levanta la cabeza
Y hacer quiere del crimen,
Eterno pedestal.

No el hombre que combate,
Egregio y denodado,

Los vicios, las pasiones,
Para encontrar salud;
No aquel que se convierte
En defensor alado
Del fruto con que brinda
Al mundo la virtud.

Tiranos los que al pueblo
Imponen su destino,
Herodes y Tiberio,
Calígula y Nerón;
No aquellos que los salvan,
Moises ni Constantino,
Pelayo, Carlomagno,
Ni el gran Libertador.

Tirano es el que mata
Al roble legendario
Cortando sus raíces
Con inpetu infernal,
Aquel que se complace,
Sombrío y sanguinario,
En destrozar los bosques
Y el tímido rosal.

Jamás el jardinero
Que alegre y cariñoso,
A cultivar sus flores
Se entrega con afán;
Y para darlas vida,

Leal y presuroso,
Arranca las malezas
Que a devorarlas van.
Sólo anhela el tirano
Riquezas, poderío;
No entrega sus caudales
Al pueblo con amor!
El tirano es cobarde,
El tirano es impío,
No acepta el sacrificio
Ni muere con valor.

Y al Héroe-Mártir nunca
El miedo humillar pudo;
Serenos, del peligro
Siempre volaba en pos,
Y al sentir en el cuello
El machetazo rudo,
Bien, exclamó, matadme,
Pero no muere Dios.

Oh genio extraordinario,
De nuestra patria orgullo,
Deja que hoy iniciemos
El año secular,
En que veniste al mundo,
Del Guayas al arrullo.
Para ser luego "el Hombre
Que al hombre supo honrar".

F. I. SALAZAR G.

Diciembre 24 de 1920

DISCURSO DEL R. P. MIGUEL MARTINEZ DE LA VEGA S. J.

GARCIA MORENO Y LA CIVILIZACION CRISTIANA

Rvdmo. Sr. Provicario, Señoras, Señores:

Una estrella esplendorosa apareció en las regiones del Oriente, y por ella conocieron los sabios que el Mesías prometido había nacido en la Judea. La religiosa poesía de los católicos alemanes nos pintan a esos Magos afortunados contemplando en medio de los fulgores de la estrella la imagen del Niño Dios, y que por esa estrella y por esa imagen Divina se ponen en marcha, para conocer al recién Nacido y a su país.

En los sublimes horizontes de esta Patria se levantó, hace cien años, otra estrella más fulgurante y prodigiosa que la de bellezas de las regiones orientales, que fue agradándose de una manera sorprendente, y en cuyos fúlgidos destellos se destacaba majestuosamente la figura de Cristo, Rey de las Naciones. Esa estrella, señores, se llamó García Moreno. Ella anunció al mundo apóstata del Siglo XIX que Jesús reinaba en el Ecuador con toda su gloria y su grandeza, y que este pueblo venturoso tanto más subía en su civilización, cuanto más se acercaba a Dios.

En efecto; de todos los imperios del Oriente, de todas las monarquías de Europa, y de las repúblicas de América, el Ecuador era entonces el único, donde florecía con todos los encantos de la vida cristiana, el progreso, el orden y la justicia.

Su constitución era eminentemente cristiana, sus cámaras y gabinetes cristianos, cristianos sus tribunales, cristianas sus instituciones, cristiano su ejército. Con una organización tan cristiana y tan robusta, desaparecieron el robo y el asesinato, la disolución y la crápula, la irreligión e indiferencia, la vileza y adulación; en su lugar se vieron aparecer la honradez y el respeto a la propiedad y a las personas, la templanza y honestidad, la piedad y religión, la nobleza y dignidad.

Junto con la grandeza moral surgió el progreso moderno en todas sus múltiples variedades, el cultivo y florecimiento de las artes liberales; de las ciencias físicas y químicas, matemáticas, astronómicas y naturales; el establecimiento y organización de escuelas, colegios y universidades; la creación de una politécnica, la construcción de vías de comunicación; el desarrollo de la industria y del comercio; la disciplina del ejército y tantas y tantas otras maravillas, que vosotros amantes de la historia, sabéis mejor que yo.....

Y entonces en este país, "antes tan oscuro y sombrío como todos los de América" se levantó una luz esplendorosa, que atrajo las miradas y simpatías de todo el orbe católico, y excitó el despecho y rabia de todos los enemigos de Dios y de la Iglesia.

¿Y porqué tanto orden, tanta grandeza y esplendor en nuestra patria?

¡Ah! Señores!; es que tuvo la dicha inmensa de tener por jefe a un héroe, que llevaba en su corazón el poder de Cristo Rey, y en su frente la luz del Evangelio. Por eso pudo decir con toda verdad León Mera que la cabeza de García Moreno, fue la cabeza más rica, mas fecunda y poderosa de cuantas se han erguido entre nosotros, y que su corazón fue el

mas patriota y noble de cuantos corazones han cabido en pechos ecuatorianos. Y yo digo que ese corazón y esa cabeza adornados con tantas prendas naturales no tuvieron rival en el mundo político de esa época, porque en ese corazón estaba grabado el Rey de la Cruz, y en ese cerebro estaba escrito el Evangelio, luz del mundo.

García Moreno fue un fervoroso cristiano en su vida pública y privada, y si fué grande como ciudadano, fue más grande como católico. García Moreno es un gigante y un coloso, como general en los campos de batalla, como almirante en la popa de un navío, como sabio en sus libros y laboratorios, como orador en el parlamento y como gobernante en su solio presidencial; pero es mucho más grande en los hospitales socorriendo como padre a los menesterosos, atendiendo a los enfermos con solicitud de madre y sentándose a la mesa con los leprosos para participar de la misma pobre comida que ellos; y llega a lo sublime y con su espíritu en el cielo cuando cae de rodillas a los pies del sacerdote para confesar sus culpas, y cuando se postra en tierra con profunda adoración, parecida a la de los ángeles, delante de la Hostia Santa. Entonces yo repito con más entusiasmo que nunca la estrofa del poeta español que a nadie cuadra mejor que a García Moreno:

Pliega. pliega las alas, amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo subes al cielo
Mejor a Dios te elevas cuando te humillas:
¡Nunca es mas grande el hombre que de rodillas!

Señores, nunca fue García Moreno más grande que de rodillas.

Però quizá me digan esos *espíritus fuertes*, nacidos y formados a la sombra de la Revolución Francesa:

“Es que García Moreno fue un retrógrada”

¡¡Retrograda!! ¡Oh! si, señores, García Moreno es el político más retrógrada de cuantos ha habido desde el fatídico 789. Con vivir en pleno siglo XIX, retrocede 300 años y resucita a Felipe II con su energía indomable, con su grandeza moral, y con su piedad profunda.

Retrocede otros 300 o 500 años más, porque es muy retrógrada, y levanta de la tumba sagrada a S. Luis, Rey de Francia, a S. Esteban de Hungría y a todos los santos reyes de la Edad Media; y carga la santa cruz sobre sus hombros en una procesión de penitencia, y reparte toda su renta entre los dos grandes mendigos de la República: entre el mendigo Estado, dilapidado por la *desinteresada e intachable* administración de

los doctrinarios del 792 y entre el mendigo pueblo, esquilado por sus humanitarios y filantrópicos protectores. Recibe de su esposa quinientos pesos para un espléndido convite a los diplomáticos y el retrógrada medioeval, ofrece con ellos a los pobres de los hospitales un delicioso banquete. Pero García Moreno es un retrógrada hasta el extremo; retrocede hasta el tiempo de los mártires; va más allá, sube hasta la cumbre del Gólgota, se abraza con el Crucificado y muere como mártir en el Calvario levantando en esta capital y a los pies de la Madre de los Dolores, víctima de su fé y de su amor a su Patria.

Quién hay más retrógrada que García Moreno!!— Pero no se puede negar que tuvo sus lunares.— ¡Ay! la luna tiene sus menguantes, las estrellas su palidez, y el sol tiene sus manchas. Las manchas de García Moreno son las manchas del sol. ¿Podéis vosotros con vuestros ojos sanos y claros distinguir las manchas solares? ¡Oh! no, señores; no podéis descubrir mas que torrentes de luz deslumbradora; para ver las manchas son necesarios vidrios ahumados o poderosas lentes polarizadas. Los que tienen ojos sombríos o anteojos polarizados que se complazcan en descubrir sombras en el sol. ¿Y sabéis que son esas manchas solares? No son mas que efectos de su poderosa y excesiva actividad ignea, y que extiende a la tierra sus influencias más o menos benéficas, más o menos sorprendentes: calores sofocantes, tempestades magnéticas, acumulaciones eléctricas y mágicas aureolas boreales. He aquí las manchas de García Moreno: exceso de su actividad política y de su deseo de hacer el bien; que unas veces producía tormentas electro magnéticas, pero en la zona tórrida de las pasiones rencorosas; y otras, auroras boreales, pero en las regiones septentrionales de la fría y tranquila imparcialidad.

Y un hombre tan admirable que aún en sus faltas muestra tanto poder y amor al bien; un gobernante tan sabio y de tanto empuje, que elevó al Ecuador a la altura del progreso moderno; un católico tan heroico que retrocedió 19 siglos y subió a la cumbre del cristianismo muriendo por su fé y por su patria; ¿no será acreedor a nuestros respetos y homenajes de gratitud y amor, cuando todo el orbe católico se inclinó reverente para saludar en él al tipo de los héroes cristianos de la edad moderna?

Todo lo más noble y activo de España, todo lo caballeresco de Francia, todo lo grande de Alemania, todo lo augusto de Roma con Pío IX a la cabeza; en una palabra todo lo bueno, santo y puro del mundo, presentó al héroe mártir y a su Patria su homenaje de admiración y aun su trí-

buto de lágrimas de dolor. Llenos están de sus alabanzas los periódicos, folletos, revistas y libros de entonces....

Entre los escritores españoles se ha hecho célebre la frase de Menéndez Pelayo: “La República que produjo tal hombre puede ser pobre, puede ser oscura y olvidada; pero con García Moreno tiene bastante para vivir decentemente en la Historia”.... Yo agradezco al gran polígrafo santanderino su buena voluntad y simpatía, más os digo con franqueza, no convengo con él, no me satisface.

Para vivir decentemente tiene hombres de sobra el Ecuador. Con García Moreno no se vive decentemente, se vive triunfalmente en todas las edades y en todos los países de la tierra.

Nuestro Congreso del 75 si que dijo con grande acierto: “García Moreno poseyó la grandeza del Genio, y los genios pertenecen a todos los pueblos y a todos los siglos” ¡Señores, para terminar os pregunto. ¿Este héroe tan sublime, que os acabo de describir a grandes y borrosos rasgos, merece una estatua de mármol o de bronce?... No, señores, merece mucho más: estoy por decir, una estatua de oro. Pero nosotros no hemos merecido para García Moreno ni siquiera una estatua de barro, por que hemos sido ingratos, porque hemos sido cobardes, porque hemos sido indolentes.

Señores, ha llegado ya el tiempo de la reacción y de la justicia; es necesario que nos mostremos dignos del Hombre, que tratamos de glorificar; tenemos que levantarle un grandioso monumento haciendo derroche de generosidad, abnegación y sacrificio.

Entre tanto tened entendido que el héroe mártir y su católica república vivirán eternamente gloriosos en el mundo. García Moreno y el Ecuador católico, están íntimamente unidos, y diría identificados; son grandes, son inmortales, porque los dos tienen un mismo corazón; el corazón del Hombre Dios, y Dios es grande, y Dios no muere.

He dicho.

Discurso pronunciado por el Dr. Manuel Granizo D.

La idea sublime de la inmortalidad bulle hoy en el cerebro y palpita en el gran corazón de todo el pueblo ecuatoriano; el espíritu de justicia demanda una reparación y pide una apoteosis; la Patria exige la proclamación solemne de

sus legítimas glorias; y la Religión tiene derecho para ensalzar y engrandecer a sus apóstoles y mártires.

He aquí, en pocas palabras, la iniciación del año jubilar, que cierra el glorioso centenario del nacimiento del hombre más justo, más recto, más patriota y más valientemente católico que ha tenido el Ecuador; he aquí el mágico sortilegio que, evocando el patriotismo legendario de otros tiempos más felices, ha encendido el alma generosa del pueblo, de este pueblo creyente que hoy está entusiasmado, enardecido el corazón, levantado el pecho, en la actitud gallarda del que se prepara a cumplir un deber sagrado.

¡Pueblo, de pie; que no se trata únicamente de glorificar a un hombre, ponderando sus virtudes y endiosando su memoria; no es sólo el nombre de García Moreno lo que nos ha reunido en este recinto: se trata de la Patria; es la Patria, y cuando de ella se trata, y cuando es ella la que nos inspira, vosotros lo sabéis muy bien, no hay ecuatoriano, y más aún si es católico, que no sea activo, abnegado, hasta el sacrificio, hasta el heroísmo; no hay patriota que no sienta en su alma el delirio de lo grande y lo sublime.

¡Loor a la Patria por los hijos que le dieron gloria; loor a los hijos que la engrandecieron!

Este es el santo deber que va a cumplir el pueblo ecuatoriano; éste el sentimiento que unifica nuestros corazones en este instante; glorificar a la Madre común con la glorificación del mejor de sus hijos.

¡García Moreno: e instintivamente se nos ensancha el alma, se nos refuerzan los arrestos de la valentía y declaramos ante el mundo entero, sin debilidades ni contempORIZACIONES, la convicción de nuestra bendita Fe y la resolución de nuestro sacrificio; y es que el poder del ejemplo que en su vida nos dejó ese hombre a quien justamente calificamos de grande, obra poderosamente en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad; siendo éste precisamente el gran efecto que los seres superiores, aún después de muertos, suelen producir en sus semejantes, para conducirles por el camino de la rectitud y del bien.

¡García Moreno: y resuena su nombre como clarín de guerra, de esa guerra sin cuartel que él sostuvo con su cerebro, con su brazo, con su sangre; hasta caer como bueno y esforzado, como caen los valientes, con la cara al sol y levantada la visera; de esa guerra que los católicos debemos sostener a sangre y fuego contra la impiedad que nos estrecha y la corrupción que nos asfixia; de esa guerra santa como la de las cruzadas, que ponía en el corazón la divisa de «caballero sin tacha y sin miedo», y en los labios el

sublime reto de «Dios no muere», con que el mártir ecuatoriano desafió a los enemigos que, no pudiendo atacarle de frente como leones, le asechaban arrastrándose como víboras; de esa guerra que, como el mejor homenaje a la memoria de nuestro héroe, debemos jurarla contra los actuales enemigos de los principios, las doctrinas e instituciones que él sostuvo, abrazó y defendió.

¡García Moreno: y el grandioso edificio de la Iglesia ecuatoriana, en cuyo remate aún flamea, a pesar de los huracanes de la pasión y de las tempestades del sectarismo, el pabellón nacional, al par que la enseña sacrosanta del Cristo Vencedor, no está cuarteado todavía, con todo del esfuerzo de la piqueta demoledora del liberalismo, que ha estado golpeando inmisericorde por más de cinco lustros, sin conseguir otra cosa que desprender el musgo estéril que estaba adherido a seculares muros.

Ni podía ser de otra suerte, ya que la obra de Dios está sobre las miserias de todos los orgullos que hundirán sus altivas frentes en el humilde polvo de la tumba, después de haberlas estrellado, impotentes, contra la piedra angular de San Pedro.

¡Ah, es que las furias del averno son muy pequeñas ante la grandiosa proyección del Calvario; es que entre los hombres y Dios, entre el mal y el bien, siempre triunfa Dios, porque según la expresión del célebre francés Víctor Hugo, solo Dios es siempre bueno y siempre vencedor; es que, en los supremos combates del mundo, cuando parece que todo sucumbe en el naufragio universal, cuando el fulgor rojizo del incendio descubre en los antros de la muerte la faz angustiosa de la desesperación, entonces, cuando todo ha caído, «Dios no muere,» y su espíritu, divinamente inmortal, flota triunfador sobre las ruinas y miserias del orgullo humano.

¡García Moreno: y la querida Patria, la madre en desventura, por quien nos dolemos hasta las lágrimas todos sus buenos hijos, parece que surge de su misérrima desgracia, parece que se regenera luciendo más y mejor sus blasones y sus glorias, y defiende su dignidad y levanta a su pueblo y reconquista su territorio usurpado, y aplasta al artero enemigo que le asecha, y perdona al hijo traidor y, por último engrandecida y triunfante, entona el canto inmortal de sus victorias, despliega el tricolor de sus mayores, se corona de laureles; y, así marcial y triunfadora, se encamina a depositar su corona, su bandera y el himno de su gloria en el altar de su Fe, como homenaje tributado al Dios de las Naciones.

Si, Señores, el nombre de García Moreno, como conjuro divino y misterioso, fortalece el corazón de los ecuatorianos, alienta el arrojo y constancia de los adalides de su causa y de su partido, sostiene el edificio de la Religión Católica en el pueblo y regenera y salva a la Patria ecuatoriana.

¿Queréis más, que pudiera servir para ir formando la apoteosis del Grande Hombre?

Pues seguid escuchándome. Vencer al enemigo extraño con los recursos de un talento superior y con las energías de una alma extraordinaria, si bien es empresa ardua y difícil, no es imposible; pero vencer al enemigo propio, a ese que se encuentra fortificado en el corazón de cada uno de los hombres, en forma de ambición, de orgullo, de venganza, de todas las miserias y debilidades de la degeneración humana; triunfar sobre la idiosincrasia de la sangre, sobre la volubilidad de una raza enfermiza, muelle y fantástica; seguir siempre el camino del medio, pensando y queriendo siempre lo mismo que se pensó y quiso en cumplimiento de un deber que obliga siempre y por siempre; es decir, portarse en toda ocasión como hombre de carácter; no temer a los hombres haciendo la justicia a pesar de todos y de todo, y sin torcerla por compasión exagerada al verdugo cuando la sangre caliente de la víctima aún pide venganza al cielo; despreciar el halago y el aplauso, sin ceder al ruego y la amenaza, he ahí una empresa sobrehumana que requiere, para coronarla debidamente, el auxilio especial de una gracia divina, que no se la consigue así como quiera, sino mediante una difícil práctica de luchas y vencimientos, secretamente repetidos, que no son para la generalidad de los hombres.

Hacer la ventura material de todo un pueblo con el concurso de la verdad, de la justicia, de la honradez y del esfuerzo de amigos y de colaboradores patriotas, si requiere un trabajo heroico y una abnegación constante, es la obra común de los políticos connotados, de los patricios ejemplares y de los hombres de buena voluntad; pero hacer de ese pueblo no sólo el modelo de pueblos libres y afortunados en medio de riquezas materiales, sino levantarle hasta Dios, moral, social y políticamente hablando, de modo público y oficial, haciendo que en sus leyes y en todos sus demás actos nacionales impere Jesucristo, como Soberano y Rey, a quien se le consagre toda una Nación a pesar de las amenazas y burlas de casa adentro y de las pasiones y tiranías de los de afuera; salvar al pueblo querido de su Patria en el tiempo y en la eternidad, ya no

es la obra comun de los políticos, ni de los estadistas, ni de los patriotas; es la sublimada realización de un ideal muy noble y muy grande; es la manifestación del genio, ante el cual se postra admirado el mundo y se declaran derrotados los más soberbios enemigos; es la empresa titánica llevada a cabo únicamente por los hombres providenciales que, por altos designios del cielo, aparecen de siglo en siglo en las naciones para señalar el derrotero a sus semejantes y alumbrar con la luz indeficiente de su genio la densa oscuridad de la tortuosa ruta.

¡Ah, y es que los genios son así; son como los poderosos astros que brillan en la infinita sombra de los espacios y siguen dando torrentes de luz aún después de desaparecidos

Y este es, señores, el segundo aspecto, y quizá el más valioso y digno de aprecio, que caracterizó la figura inmortal de García Moreno; quien venció en lucha secreta pero heroica al enemigo propio, a aquel que lo llevamos todos los hombres en el pecho; triunfó sobre el orgullo de la sangre, sobre el odio y la venganza del corazón, sobre la apatía y debilidad del cuerpo, para luego triunfar sobre las ambiciones, las falsías, los crímenes y desalientos de los ecuatorianos que, para su ventura y felicidad, estuvieron un día bajo su vigilancia y dirección.

¡Así, venciendo a sí mismo, se vence a los demás; purificando el alma propia se moraliza la ajena; y levantándose esforzadamente sobre el pedestal del propio vencimiento y despreciando las solicitudes del egoísmo, es como se consigue levantarse primero sobre el pedestal de los corazones de la generación presente y futura, para luego poder levantarse merecidamente sobre un monumento material que perpetúe la memoria de los actos realizados y las virtudes practicadas!

¡Esto es ser grande, esto es ser inmortal y merecer una apoteosis grabada en mármol o bronce para la admiración, respeto y enseñanza de la humanidad entera!

¡Una estatua al genio; un monumento a la virtud! Hace muy bien el pueblo ecuatoriano en esforzarse por dar esa estatua al genio reconocido y a la virtud comprobada del más grande de los ecuatorianos; realice pues su proyecto a costa de los más grandes sacrificios; abra a los ojos del presente y del futuro ese gran libro de una sola página, en donde se aprende de una sola vez, el ejemplo del bien y la enseñanza de la verdadera grandeza.

¡Mucho tenemos que aprender los católicos de hoy a los católicos del tiempo de oro del Magistrado creyente;



nuestro corazón de ecuatorianos, sin duda porque el corazón humano es así, es un libro en que se lee a pedazos, porque tienen muchas páginas borradas y muchas páginas en blanco, hay necesidad de arrancar las unas y escribir en las ótras.

Somos cobardes, somos inactivos, indolentes y egoístas; no mereciéramos llamarnos partidarios del Defensor y Mártir del derecho cristiano, porque en su torno no deben tener su puesto de honor sino los creyentes fervorosos, los patriotas inmaculados, los que laboran y luchan y los que se sienten con fuerzas para morir serenamente a manos de los bárbaros modernos, recibiendo la herida en el pecho, como morirían los espartanos del tiempo legendario. Los que no hayan nacido para esto, los que tiemblan por la comodidad y la vida, los que aman más la conveniencia que la Patria, los que duermen, los que ya no esperan y sienten en sus almas el frío desengaño de prematuras decepciones; esos, quédense atrás, admirando de lejos el esfuerzo ajeno, o alentando siquiera con el aplauso a los que luchan, o lamentando sobre la tumba de los que caen.

Pero nó; por hoy, congreguémonos todos: los que se sacrifican y los que rehuyen el sacrificio, los que laboran y los que quisieran vivir en un sepulcro de cristal contentándose con verlo que pasa en el mundo exterior, los que sienten el misterioso impulso de una esperanza y los que han dejado caer en su ilusión todos los fríos y nieves de un invierno desconsolador; unámonos todos, especialmente los católicos, porque la Patria, la querida madre se nos muere: tiene una arteria rota, la que antes era tan robusta y daba lozana vida al organismo social, la arteria de las buenas costumbres.

Sí, pueblo querido, el modernismo, el realismo de estos tiempos grises, os ha asestado un golpe mortal, os ha estropeado la vida, y por la herida abierta se os escapa la sabia fecundante de la Fe, y con ésta se va vuestra libertad y viene la desolación y la ruina! Ya muchas veces os hemos sorprendido venteando los placeres, protestando de las bregas del trabajo y sintiendo la fiebre del oro en vuestro pecho; y al contemplaros así, voluptuosos, desalentados, codiciando lo que no os conviene poseer, hemos vuelto los ojos a los tiempos idos, cuando el pueblo del Ecuador luchaba y moría por su Dios y por su Patria, y hemos sentido pecho adentro, la nostalgia de la edad pasada, pensando, si acaso nosotros nos hemos atrasado al siglo en que vivimos, pues nos parece que antaño había más nobleza, más valor, más patriotismo.

¡Qué! ¿Hemos degenerado? ¿Tan pronto se ha debilitado el alma y se ha relajado el músculo? ¿Ya no se habla claro,

ni se golpea recio? ¡Pues todos aquí; en torno de esta veneranda figura, para aprender como se lucha, para aprender como se muere!

Los cierzos del invierno y los soles del verano se suceden infaliblemente en la naturaleza física, y en una misteriosa y secreta contraposición producen un mismo y único efecto: fecundar la semilla, germinar la planta y madurar el fruto. Los hielos del desengaño y el calor de la esperanza; la serena frialdad de la vejez y el ardoroso entusiasmo de la juventud, en la naturaleza moral, se funden al contacto del deber, al nombre de la Patria, y en una sublime contraposición de sentimientos, se unifican las ideas, y germina la planta y madura el fruto. Si, señores, el fruto opino que los católicos del Ecuador nos propusimos alcanzar en cumplimiento del deber sagrado de honrar a García Moreno, está madurando; sí, está madurando gracias al hielo de la experiencia y al calor del entusiasmo; y terminará su madurez a pesar del azote huracanado del odio de nuestros enemigos. ¡Y es que los huracanes suelen ser beneficiosos en la naturaleza, porque limpian la hojarasca y desgajan las ramas secas e infecundas!

Y ahora permitidme, para terminar. que en nombre del excelso varón cuya memoria honramos en esta noche, os pida una sola promesa: unión y actividad. Unidos, seremos fuertes; laboriosos, seremos vencedores.



A GARCÍA MORENO

Poesía declamada por su autor
Sr. Dr. Dn. *Eliseo Ron Sierra*, Tesorero del
«Centro Popular García Moreno»

En pie sobre el granito
Del sacro monumento que a su gloria
Levante altivo la soberbia Quito,
Mi ardiente fantasía
Le contempla inmortal, y la alma historia
Le verá sobrehumano,
Excelso lustre de la patria mía,
Honra del hombre, al sin igual García.

Al rodar de los siglos, en la tarde
De venturosos tiempos, la memoria
Del genio soberano

Esplenderá eminente:
Sol intenso, que arde
Con pompa en el cénit, será su frente;
Trofeos y coronas
Alfombrarán sus plantas;
Y—alto Varón y de virtudes tantas—
Le aplaudirán, de las distantes zonas.

Tras nueve lustros de profundo olvido,
¡Oh verguenza y dolor! tras el sangriento
Recuerdo de su muerte, dolorido
Los manes de la víctima el acento
Exhalan por doquier; la desventura,
Que, cual siglos perdura,
Y el noble pecho de la patria escande,
—Así a los cielos plugo—
De la cima del Ande,
Demanda a la región de las estrellas,
En lúgubres querellas,
Rayos de maldición.... contra el verdugo.

Vuelan los años, y el aciago día
De la tragedia que inmoló a García,
Una vez y otra vez se alza siniestro
De los senos del tiempo ¡Oh! no sea
Aquella hora apetecida fuente
De negra inspiración: se apague el estro
De mi ardorosa mente.
¡Qué inmolación! fatídica presea
De los antros....Fué la incendiaria tea
De infame logia airada....
¡Ah! silencio: furor de cataclismo,
Que sepulta los seres en la nada,
Húnda ese día en pavoroso abismo!

La patria, desolada, llora en tanto
Insólita orfandad: lóbrego manto,
De noche y desconsuelo,
Cubre su yerta faz. Ay! desde entonces,
De vez en cuando, el plañidero bronce,
Nuncio de horror, asolación y duelo,
Que en afflictivo són plegaria encierra,
Por el mártir invicto, clama al cielo,
Desde el valle de lágrimas: la tierra.

Mas ¿dónde el mirto, los laureles dónde

Al héroe y mártir? En patriotas almas
La justicia se esconde?....
¿O el odio cruel y macilenta envidia,
Con el bien, la virtud, en ruda lidia,
Le niegan lauros y floridas palmas?
¡Es hoy, tal vez, el corazón desierto,
Do menguado egoísmo,
Al soplo de letal materialismo,
Aún la flor de gratitud ha muerto!

Silencio sepulcral, oprobio, afrenta
En los hombres de bien; los fuertes lazos
De patrio amor y abnegación, pedazos
Hechos aquí y allí; hora no alienta
El alma ciudadana
De indómita altivez la gallardía,
El vigor de la fe, la lozanía
De altiva juventud, que mira incierto
O para siempre muerto
El porvenir, en su primer mañana.

¡Ven, musa de los Andes! Si delira
Mi pobre inspiración, junto al quebranto
De la Patria infeliz, que gime y calla,
Y a sus dolores no halla
Remedio ni solaz, la mustia lira
A tus pies depondré, mojada en llanto!
Mas tú, numen divino,
A quien celeste inspiración expande,
En perdurable verso,
Canta la alteza de García el Grande,
No su fatal destino;
Que ya la gloria, en su mansión, le muestra,
A todo el universo,
Corona de la patria, y firme diestra
De la Iglesia le aclama
En áurea trompa la parlera fama.

En medio, empero, a la abyección funesta,
¡Cuán plácido momento!
Hora sonó feliz: de su alto asiento,
Magnánima y apuesta,
La Justicia clamó:—“Pueblos que oprime
La inercia en paroxismo,
No son los pueblos de valor sublime
Ni de santo heroísmo;

Son pueblos viles, de la muerte esclavos.
Pueblos del Ecuador, alzaos bravos;
Las décadas contad, una por una:
Va para un siglo que apuntó el oriente,
 En las floridas playas,
Que alegre baña el caudaloso Guayas,
Del Magistrado ilustre, cuya frente,
 Cuando meció su cuna,
Besó el ángel de América, y en cuyo
Pecho grabó aquesta voz del cielo:
Crece, Gabriel; el porvenir es tuyo.”

“Se acerca la centuria
De aquél nacer, y mucho
Tarda la apoteosis. No la furia
Pueblos, temais; que me parece escucho,
De saña en explosión, inícuca grita
De la turba sin ley, turba maldita”

“En soplo creador, soplo fecundo,
 De genio portentoso
Dios alma le infundió, y así, coloso,
 Apareció en el mundo.
De patrio amor en férvido embeleso,
 El, con robusto brazo,
Impulsó la Nación, por la ardua cumbre
 De sólido progreso,
 Y bañándola en lumbre,
 —Con esplendor no visto—
De pura fe, la reclinó al regazo
De tierna madre, religión de Cristo.”

“Y pues fué el adalid entre adalides,
 Que riñó formidable,
 Con el poder sañado
De la prole del mal, tremendas lides;
 Bienhechor incansable
Del huérfano y del pobre; fué su escudo
Mi nombre contra el vicio; gritó un día
“Libertad para el bien y para todos;”
Honor de vuestra raza fué García,
Escupidle en el bronce: llueva flores
 Y cantadle loores
 En armoniosos modos.”

Dijo; y cual notas de clarín sonoro

De la deidad las voces,
Alígeras, veloces,
Cunden por la ciudad, regia sultana,
Del Pichincha decoro.

Al punto noble anciano, (*)
El virtuoso artesano,
La febril juventud, gala temprana
Del pensil de la patria, el rico, el pobre,
—A que en la historia el inmortal García
De oro su cetro y su blasón recobre,—
Juraron, a porfía,
Levantarle, en artística belleza,
De bronce monumento,
Do su ínclita figura
Cause al malvado audaz honda pavora,
Y su moral grandeza
Salude al firmamento!

¡Ea! Patria infeliz, ecuatorianos,
De mártires y de héroes herederos,
Arriba el corazón, ágiles manos
A tan digna labor. Que allá sublimen....
A fementidos déspotas arteros
Que allá sublimen ótros;
En presencia del mundo,
Ensalcemos nosotros
¡Es, ¡Patria, hora propicia!
A tu hijo sin segundo:
Gigante campeón de libertades,
Hijas del cielo, que de vil barbarie
A los pueblos redimen;
Paladín del derecho y la justicia;
De vicios y maldades
Rayo exterminador, terror del crimen.
¿No le visteis ayer?—Siempre en la brecha
De la liza candente
Le halló el error; vencida la anarquía
Rugió a sus pies; y la nación estrecha
Vino a su imperio; y desafió valiente
De iras de infierno tempestad deshecha!

¡No muere el genio! Mas si aleve olvido

(*) El Sr. Dn. Carlos Fernández Madrid, Presidente Honorario del «Centro Popular García Moreno.»

Busca eclipsar entre sus negras alas
La fúlgida memoria
Del prócer del martirio y de la gloria,
García esclarecido,
A las etéreas salas,
Del sepulcro en el fúnebre letargo,
Como anatema lanzará el gemido,
—Queja de indignación, doliente acento,
Que en hiel el alma moja,
Cual del Libertador el ay amargo
De su postrer congoja:—
“Yo aré en el mar y edificué en el viento”

“Yo aré en el mar”?!...¡Pues qué! tu sombra augusta
Que a la impiedad asusta,
No se alzaré jamás? Tú, cuya mano,
Caldeada en heroísmo,
Del iris el espléndido estandarte,
Doquier llevóle ufano;
Tú, que a la Patria diste,
En vívidos fulgores,
Luz de ciencia y verdad, cultura y arte,
¿No verás ¡sino triste!
Cabe tu pedestal, regando flores,
De amor y de civismo,
Venir cien pueblos testimonio a darte?
.....

¡Patria del corazón! marasmo tanto,
Signo de abatimiento
Mortal, acabe: que la magna idea
Se torne en realidad, y el monumento,
De honor, virtud y patriotismo santo,
Ejemplo a mil generaciones sea.

DISCURSO CON QUE, EL SR. DN. CARLOS J. MATEUS
Y GARCÍA, CERRÓ LA VELADA INICIAL DEL «CENTRO
POPULAR GARCÍA MORENO.»

Reverendísimo señor, Reverendos Padres, Señoras, Señores

El «Centro Popular García Moreno,» agrupación formada por los varios elementos que sintetizan la sociedad en las diversas manifestaciones de su actividad, en su amor patrio,

ha querido ensalzar a la nación ecuatoriana con la glorificación del más grande de sus hijos.

Este anhelo le ha llenado de entusiasmo, y en su empeño de coronar el fin propuesto, ha logrado establecer en muchas ciudades de diversas provincias centros similares, que trabajan llenos de fe en el éxito de sus deseos y secundan eficazmente las labores que reclama su nobilísimo objeto. La iniciativa de esta ciudad ha repercutido en toda la República en la que se ha levantado en armonioso concierto la voz de miles de ecuatorianos en una sola expresión de amor, de admiración y de homenaje al ínclito ecuatoriano que tenía lleno su corazón de Dios y Patria; y que en servir al primero y engrandecer a la segunda, fincaba todo su anhelo, la aspiración de su genio y la vida de su vida.

Y este concierto numeroso no es sólo de conservadores, sino que en espontáneo movimiento de justicia, muchos liberales, amantes de su patria, unen sus voces a la de ellos, y en las lides de la inteligencia escriben y alaban su nombre y ofrecen contribuir con sus dádivas para la erección del monumento que se quiere levantar.

Este anhelo, este deseo de ensalzar a la patria en uno de sus hijos es el que nos reúne aquí, para honrar la memoria del insigne ecuatoriano, notable estadista, ferviente católico y esclarecido patriota que ha sabido arrancar al genio elogios en modulaciones nuevas y nunca dichas antes.

Hoy se cumplen noventa y nueve años de su nacimiento y en celebración de este aniversario se ha organizado esta manifestación.

Cúmplenos, pues, agradecer de la manera más efusiva al Rvdmo. Sr. Dr. Dn. Tomás Vergara, al R. P. Miguel Martínez de la Vega y al Sr. Dr. Dn. Manuel Granizo por la exquisita amabilidad con que han contribuido al éxito de esta velada, por los minutos de placer indefinible que nos han proporcionado con la galanura de su palabra.

En efecto: al escuchar este torneo de la historia y de la inteligencia se conmueve el corazón, se electriza el alma, y a veces sucede que la emoción hondamente sentida, humedece los ojos de donde se desprende púdica y temblorosa lágrima, homenaje del alma humana a los destellos del genio y a los divinos efluvios del talento.

Igualmente son acreedores a nuestra gratitud el Sr. Dn. Francisco Ignacio Salazar Gangotena y el Sr. Dr. Dn. Eliseo Ron Sierra que, con arrebatada poesía encadenada en rítmicos y cadenciosos versos, en alas de su fantasía, han solazado nuestros oídos.

También reciban la expresión de nuestro agradecimiento

el Sr. Dr. Dn. Luis A. Salgado, el maestro Carrillo y el maestro Canelos por su generoso concurso en los brillantes y bien ejecutados números de canto y piano con que nos han regalado.

La tradicional hidalguía de la Orden de la Merced gentilmente representada por el R. P. Provincial, el R. P. Rector y demás Padres y Hermanos de esta benemérita Comunidad, nos han proporcionado graciosamente el espacioso local en que nos hallamos, y bien nos han demostrado con su galantería ser dignos hermanos del Padre Betancourt, primer maestro de García Moreno.

Reciban, pues, ellos nuestro afecto y nuestras más sinceras gracias.

Finalmente agradece el Centro a las distinguidas damas y honorables caballeros que con su presencia han dado esplendor a este acto, que han probado con su asistencia, ser dignos conciudadanos de aquel que en sus labios expirantes tuvo la frase «Dios no muere»

He dicho.

La usurpación del Poder Temporal del Papa y Garcia Moreno

Soneto declamado por su autor, señor doctor Luis A. Salgado, en la Velada Literaria y Musical del Centro Popular García Moreno, verificada el 24 de Diciembre de 1920

Ante un mundo egoísta y despiadado
Consúmase el sacrilego despojo.
Y convierte, arrogante, el credo rojo
Al Vaticano en cárcel del Papado.

Contra el horrendo, bárbaro atentado
Protesta el Héroe-Mártir con arrojo;
Se colma, entonces, el sectario enojo
¡Y el sol del *seis de Agosto* está nublado. . . .

La insensatez de la impiedad humana
No alcanza el mal que se propone y quiere:
Mentidas son sus glorias, y mañana. . . . ,

Apoyada en la fuerza aun cuando impere,
Quebrantarán su obsecación insana
El *Syllabus* triunfal y el «Dios no muere.»

Commemoración de la muerte de García Moreno

INVITACIÓN

«El Centro Popular «García Moreno,» fiel al propósito de glorificar la memoria del *Excmo. Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno*, en el Año Jubilar del Centenario de su nacimiento, tiene el honor de invitar a Ud. a las solemnes Honras Fúnebres que se celebrarán en el templo de la Compañía de Jesús, a las 9 a. m., el próximo 6 de Agosto, en conmemoración del 46º aniversario de la muerte de tan esclarecido ecuatoriano.—Con sentimiento de alta consideración somos de Ud. Attos. y SS. SS.—Por ausencia del Sr. Presidente del Centro, el Vicepresidente, *Carlos J. Albornoz*.—El Secretario, *C. M. Ron Sierra*.—Quito, 2 de de Agosto de 1921.»

ORACIÓN FÚNEBRE DE GARCÍA MORENO

pronunciada por el R. P. *Próspero N. Malzieu*, S. J., en la Iglesia de la Compañía de Jesús

Pertransiit benefaciendo.

Pasó haciendo el bien.

S. Luc. Act. 10-38.

Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Venerable Cabildo Metropolitano, Sres. Presidentes del Centro Nacional, y Popular «García Moreno», Señores:

¿Conocéis un epitafio más sintético y más glorioso para un hombre público? Con esta palabra, sencilla y solemne a la vez, el Espíritu Santo compendió por boca de su Evangelista toda la carrera mortal del Redentor de la Humanidad y de sus nobles y leales servidores. Luego razón tendré yo de aplicarla como la más apropiada, al Varón extraordinario á quien hoy dirigimos nuestras alabanzas. Pero, alabanzas en este día nefasto y hacia-go en que todo nos habla de horror, de odio, de venganza y de sangre!; en que todo nos recuerda con los colores de una negra y repugnantepesadilla, la horrenda tragedia del 6 de Agosto de 1875!

Ah! justo, justísimo es por cierto vuestro llanto y nunca podrán estar más motivadas ni mejor empleadas vuestras lágrimas de sentimiento! Llore sí en hora buena sobre esta tumba la patria ecuatoriana que ha perdido en el Excmo. Sr. Dn. Gabriel García Moreno al mejor de sus hijos, al más preclaro de sus ciudadanos. Llore también la Iglesia Ecuatoriana que deplora la desaparición repentina y nefasta de su defensor más intrépido y denodado. Llore por fin el pueblo todo y la familia Ecuatoriana que siente bárbaramente arrancado de su seno, a su padre y protector, a su amparo y consuelo, al hombre superior y extraordinario que no vivió y no murió sino por ella y en eso constituyó el ideal adorado de su vida entera,

Pertransiit benefaciendo.— Pasó haciendo el bien,

Y sin embargo, con la libertad de predicador evangélico y la independencia de forastero, en bien vuestro desde muchos años, y ecuatoriano de corazón en vuestro suelo, creo de mi deber haceros notar que hay algo más augusto que esas lágrimas santas y venerandas y es la enseñanza saludable que se desprende de todo este drama para nosotros. En mi concepto el 6 de Agosto no es con toda su horror el triunfo de la impiedad y de la demagogia, como se pudiera creer a primera vista: antes bien es el rayo de luz más fúlgida y radiante, es la apoteosis más gloriosa del héroe a quien celebramos. Los desgraciados que mancharon sus manos con sangre inocente— y de quienes no diré una sola palabra porque Dios ya los ha juzgado, no pensaban sino en saciar su sed de odio, rencor y venganza.... ay! qué poco pueden y alcanzan los hombres en contra de los juicios divinos! En realidad, ellos, ellos fueron los que pusieron el colmo a las aspiraciones patrióticas y religiosas de su víctima; ellos sí y ellos solos los que vinieron a ceñir sus sienes con la diadema más esplendorosa, tras de la cual había suspirado toda su vida, sacrificándole como mártir de su fé y de su patria.... Ah dejad, Señores, que pasen los años, (pues todavía distamos demasiado poco del suceso) y recordad mi palabra: caerán los prejuicios, se disiparán las tinieblas, brillará la luz de la verdad, y entonces, de un confín al otro del Ecuador no resonará mas que una voz; voz de duelo ante la desgracia sufrida en hora aciaga; voz de asombro, horror, extrañeza y reprobación ante lo inmenso del crimen cometido, voz de entusiasmo, cántico de loor; himno de gratitud al Cielo por haber hecho surgir de nuestro suelo y habernos concedido tantos años y para tanto beneficio nuestro a este varón singular, nunca bastantemente admirado ni llorado, que pasó entre nosotros derramando bienes en todas partes y dejando en pos de sí huellas imborrables y benéficas de su actuación como Jerarca Supremo y Gobernante modelo.

Y prueba evidente de que tal es el sentir nacional de vuestro pueblo, mirad como del Sur al Norte del Ecuador, las provincias todas se disputan el honor de contribuir a levantarle un grandioso monumento, como testimonio de admiración y de gratitud de la República a sus buenos, leales y beneméritos servidores; como lección viva y elocuente a las generaciones venideras para que muy lejos de decaer de los altos pensamientos de sus antepasados, se enciendan con este ejemplo a la práctica del más ascenderado patriotismo. Bella idea, por cierto, nacida al calor del corazón agradecido! Pues bien, tales monumentos no se erigen sino a los héroes, a los pro-hombres que se han manifestado superiores a la muchedumbre y se han granjeado con sus hechos la admiración, el respeto, la gratitud, el ascenderado reconocimiento de sus semejantes: Y aquí, Señores, empieza el papel, no menos arduo que honroso, que me toca desempeñar delante de vosotros en esta solemnidad.... Debo poner en claro ante vuestros ojos cuál debe ser la altura y grandiosidad de este monumento, y cuales y cuántos, los peldaños de su grandeza, para que resulte digno y fehaciente testimonio de lo incomparable de nuestro héroe y de lo sincero de nuestro patriotismo. Reduzcamos cuanto sea posible nuestro campo y compendemos nuestras consideraciones en un triple, pero fecundísimo pensamiento: Ideal de Garcia Moreno con respecto a la Patria, a la Juventud, a la Iglesia Ecuatoriana y con esto solo podremos calcular en parte siquiera, su heroísmo y su grandeza incomparable.

Hablo ante personas mucho mejor enteradas que yo de los hechos y de la familia ecuatoriana: por tanto fácilmente adivináis lo árduo y delicado de mi labor y tarea y sin embargo no me quise negar a élla, porque juzgué digno del Clero ecuatoriano y de la Compañía de Jesús, a la que represento en mi pequeñez, el ser los primeros en iniciar con esta solemnidad religiosa la serie de festejos con que se ha de celebrar al final del presente año el Centenario o del Gran Presidente.

1.—Ideal con la Patria

Agonizaba ya en lecho de dolor, allá en Santa Marta, el año 1830, el Napoleón Americano. el rayo de la guerra, el Gran Libertador Simón Bolívar y volviéndose a sus acompañantes «Hemos conquistado la libertad, exclama con tristeza, pero con el sacrificio de todo lo demás». ¿Que sentido entraña, Señores, este grito de dolor, y de la decepción más amarga? ¿No habéis visto alguna vez a esos viajeros atrevidos que se proponen llegar, a costa de mil esfuerzos y peligros, al cráter de un volcán activo, para contemplar con sus ojos lo que pasa en las profundidades de su seno, y cuando ya creen logrado el éxito de sus anhelos, sienten la tierra deshacerse y abrirse bajo sus plantas como deseosa de tragarlos en esa vorágine de fuego? Así, el Gran Conquistador con su mirada de águila contempla lo gigantesco de la emancipación, ya verificada; pero siente y adivina en todos esos pueblos llegados a la vida independiente un prurito de libertad, un espíritu de inquietud, un afán de rebelión muy capaz de dar al traste con lo colosal de la empresa consumada. Es que todos esos pueblos se habían alimentado, desde luengos lustros con el veneno mortífero de la Revolución francesa y ésta había proclamado los derechos del hombre, pero no le había enseñado una palabra de sus deberes y obligaciones..... de allí que en la propia tierra de su nacimiento se convirtiese en un horrendo charco de sangre humana, y en los demás pueblos en un manantial inagotable de trastorno, de desorden, de vergüenza, de atraso y de barbarie. «Todos quieren mandar, nadie quiere obedecer.»

Con razón sobrada se sentía el Libertador amargado y desilusionado al ver a esos pueblos *niños* capaces de un esfuerzo gigantesco para conquistar su emancipación política, e incapaces después de educar sus voluntades para formar un gobierno fuerte y tranquilo que les diera en abundancia progreso, prosperidad y bienestar.

Bien lo entendió así nuestro ilustre García Moreno, cuando empuñó en 1860 las riendas de la Nación Ecuatoriana y así se propuso ante todo y sobre todo, dar a su país paz y estabilidad inquebrantables: El mejor cirujano no estirpa un cáncer gangrenoso sino con el hierro y el fuego: así García en más de una ocasión tuvo más de su grado, que esgrimir la espada en contra de los rebeldes a la autoridad constituida. Hacerle un crimen de esto, por ello tildarlo de cruel, tirano, opresor y sanguinario es el colmo de la ignorancia o de la maldad.

Salus populi, suprema lex! decían los Romanos. Sálvese al pueblo, esta es la ley suprema, y el gobernante débil y falto de energía en reprimir los desbordes de los malvados es el peor tirano y azote de sus gobernados. «Vosotros os apiadáis de los verdugos, contestaba García a quien iba a implorar perdón, yo siento compasión por la víctimas. Siga su curso la justicia!» y se encerraba en su cuarto, para implorar del Cielo, al pie del Crucifijo la fuerza moral necesaria para dominar la ternura de su corazón y cumplir su deber de conciencia.. Y! qué de viajes repentinos y arriesgados, qué de molestias y fatigas, qué de peligros, qué de empresas atrevidas y temerarias, no supone todo este heroísmo? Pues a nada se niega García, antes bien a todo se lanza con ardimiento y constancia, porque se ha propuesto salvar a su pueblo y bien dispuesto está a morir en la demanda.

Asegurada la paz pública de manera tan firme que la hidra revolucionaria no se atreviera ya a levantar la cabeza, ni una vez siquiera durante su segunda presidencia, torna García a mirar a su Ecuador querido y no puede menos de sentir frío en el corazón al verlo desangrado, esquilado, empobrecido, como campo cuya propiedad ya nadie le disputa, como campo de tierra feraz pero sin riego, sin cultivo, sin plantas, que alegren y consuelen, siquiera con la esperanza de una mies copiosa, de un porvenir ri-

sueño. Casi todo está por rehacer, mejorar y consolidar en el ramo de administración pública. Cualquier otro se hubiera desalentado y optado por seguir la rutina de los tiempos anteriores. No así este corazón de fuego y esta mano de hierro.

Para empezar necesita dinero y mucho dinero: pues bien, para conseguirlo, no apela al medio vulgar y muy socorrido de gravar al pueblo con nuevas gabelas e impuestos, sino de renunciar a su sueldo presidencial, de duplicar el salario á todos los empleados fiscales y así de exigirles a todos y a cada uno la contabilidad más diligente y escrupulosa. Ay! del tesorero rogado en desfaleo o descuido en sus cobranzas o manejo de caudales públicos!... Por este camino le sobran recursos para organizar nuevas oficinas, abrir caminos y vías de tránsito, fomentar las industrias nacionales, hasta entonces totalmente rudimentarias e incipientes. Agregad a esto tantas obras de caridad y beneficencia en favor del proletariado tan numeroso y desamparado entre nosotros: hospitales, hospicios, orfanatorios, leproserías y manicomios, confiados por él a la maternal solicitud de las angelicales y abnegadas Hijas de S. Vicente de de Paul y por fin emprender con resolución y llevar a feliz término obras de tanto aliento y dispendio como el Observatorio Astronómico, el Panóptico y el Protectorado de Artes y Oficios, y decidme si ha cumplido con su ideal de amar a su pueblo y en prueba de su amor, trabajar sin descanso, sacrificarse e inmortalarse por él. Levantad, pues, señores vuestro monumento, fruto del entusiasmo popular, en memoria de Don Gabriel García Moreno y grabad en su primer peldaño y en caracteres indelebiles: "Al padre y protector de la Patria Ecuatoriana, el pueblo agradecido".

II.—Ideal con la Juventud

Y no creáis que se dé por contento con esta labor gigantesca, suficiente a inmortalizar a cualquier otro, nuestro ilustre mandatario. Nadie a estudiado mejor y por ende nadie conoce mejor que él las necesidades nacionales. Grandes son los males de hoy; mas, peores serán los de mañana, si no se previene y asegura el porvenir. He aquí el segundo ideal de Dn. Gabriel a cuya realización se entrega con el ardor propio de su carácter. Los niños de hoy serán los hombres de mañana: formemos a la niñez, instruyamos a la juventud, en moral, en virtud y ciencia a la vez, y seremos dueños del porvenir! Al impulso de esta aspiración tan fecunda como santa, con rara inteligencia del asunto, con una constancia sobre toda ponderación, García reorganiza la instrucción en todas partes: multiplica las Escuelas; abre Colegios de Segunda enseñanza, transforma la Universidad en Politécnica al fin de alcanzar en este molde más nuevo mayor eficiencia en el profesorado y más dedicación al estudio en la juventud, y en pocos años eleva la población escolar de 8 a 35.000 estudiantes.

Pero, ¿dónde encontrar maestros en número y celo y talento suficientes para tanta labor? Oh! mirad cómo desde la civilizada Europa acuden a porfía y se multiplican en nuestro suelo las dignísimas Religiosas de la Providencia, del Buen Pastor y de los Sagrados Corazones, para rivalizar de celo en la educación de la mujer ecuatoriana; mirad a los beneméritos hijos de S. Juan Bautista de la Salle rodearse a centenares y a millares de los niños de nuestro pueblo y formar en cada una de sus Escuelas una colmena de actividad, de trabajo, de formación y virtud cristiana. Ah! no podían faltar en este empeño general por el resurgimiento moral del Ecuador los denonados Hijos de Loyola que, de tantos años atrás, habían robado la admiración y conquistado toda la confianza de García Moreno. Acuden presurosos a su llamada, pónense a sus órdenes como leales servidores y en su mano y bajo su dirección, la enseñanza Secundaria y la Superior reciben nueva orientación y cobran un aliento hasta entonces

desconocido.

A todos acoge con amor el ilustre Presidente, a todos estrecha en sus brazos con tanta mayor ternura cuanto más seco y adusto parece en el exterior; a todos instala en la humilde morada que con anticipación les ha dispuesto y preparado, y después, los busca con frecuencia, y con ellos conversa y oye sus advertencias; y les comunica sus aspiraciones y ambiciones y sueños dorados en pro de su tierra querida y, en medio de estos maestros y maestras, de estos queridos de su corazón, de estos fervientes colaboradores de su obra magna, se siente feliz y venturoso, y da por muy bien empleados todos los pasados trabajos, por que ya ve su erial transformado en vergel fecundo, ya toca con la mano la mies consoladora que ya va madurando y sazonando en bien de la niñez, de la juventud y de la Patria entera.

Señores: Si sois capaces de aquilatar en que valen estos esfuerzos sobrehumanos en el ramo tan difícil de organizar la instrucción sobre bases morales y científicas, no negaréis tampoco que la ímproba labor de García Moreno bien merece el dictado de asombrosa, heroica y gigantesca. Exclamemos, otra vez, *Pertransiit benefaciendo*: en verdad pasó por en medio de nosotros haciendo el bien!....

III.—Ideal con la Iglesia

No habéis presenciado alguna vez el caso de una madre de familia que haya perdido su prestigio y su autoridad de reina en el hogar doméstico sin culpa suya y solo en fuerza de circunstancias inevitables? Pues bien, qué calificativo asaz laudatorio encontraréis para el hijo noble y bien nacido que se proponga devolver a su madre desgraciada ese poder, ese prestigio, esa autoridad veneranda a que es acreedora y de hecho logra restablecer en las sienes maternas, esa corona, caída y desprendida en hora nefasta? Pues he aquí, señores, una de las proezas más grandiosas, sino la más grandiosa de nuestro inmortal García Moreno.

Doliase en el alma desde los primeros días de su mando al ver a la Iglesia Católica despojada de aquella autoridad que ha recibido de manos de su divino fundador sobre los pueblos; convertida de reina en sierva del Estado civil y portanto impedida y maniatada en el desempeño de su misión salvadora y sobrenatural. Esto no lo podía sufrir el corazón noblemente filial y católico de García y así uno de sus primeros actos es obtener de la Santa Sede un Concordato que pone fin a las antiguas y opresoras leyes del Patronato, de Regalia y del Regio placet y crea entre ambas autoridades, civil y eclesiástica, una situación halagüeña en extremo, de mutuo respeto, noble consideración y perfecta armonía. Un paso más en el mismo sentido dió don Gabriel y fue, sabiendo que las naciones han de optar entre la moral de Cristo o la doctrina de la Revolución llevada a sus últimas consecuencias, entre Cristo o el Soviet, logró impregnar la Constitución nacional del año 1869, del espíritu sincera y genuinamente católico, según las recientes y terminantes doctrinas de la Iglesia....

¡Cuánto no debió dilatarse y alegrarse su pecho cuando vió al Ecuador, país y pueblo católico, regido por fin por un gobierno católico, para inmensa tranquilidad, edificación y prosperidad de la nación entera!

Algo más sin embargo se necesitaba todavía: a saber, buscar nuevos ministros para el Santuario y devolver a las antiguas Comunidades de Regulares su antiguo esplendor, pujanza y observancia religiosa. Doble problema a cual más laborioso en su realización; pero ni aquí tampoco se arredra el que ha triunfado ya en otros cien combates. Provisto ampliamente con la autorización pontificia trae de Europa una falange de nuevos y fervientes Religiosos y no cree indigno de su investidura presidencial el ir a restablecer personalmente el rigor de la observancia regular. Admirare-

mos ese paso de valor cristiano y patriótico a la vez, ya que nuestra Sociedad ha saboreado ya y sigue disfrutando los benéficos resultados de una reforma tan saludable. Por otro lado emprende la monumental construcción de ambos Seminarios, Mayor y Menor, para que los jóvenes aspirantes al Sacerdocio tengan dónde y como formarse dignamente en virtud y letras. Colaboran con él los Venerables Sacerdotes de la Misión, los abnegados Hijos de San Vicente de Paúl y su celo va produciendo ese clero numeroso, respetable por su virtud y ciencia que forma hoy el más legítimo orgullo de nuestra Nación y la envidia de nuestros vecinos.

Y serán estas obras de poco valor y escasa importancia? Tan apreciables son para mí que en ellas constituyo el último vértice del monumento moral y material de grandeza que tratamos de levantar a García Moreno, proclamándole ínclito defensor y propagador de la Iglesia: y por lo mismo benemérito de la civilización y de la humanidad. *Pertransiit benefaciendo.*

Allá nos refiere el libro de los Reyes, que al ser coronado Salomón, hijo de David, por Rey de Israel tuvo un sueño misterioso en el cual el Señor se ofreció a otorgarle cuanto quisiese. Mas, Salomón no pidió sino la *sabiduría* para regir con acierto y justicia los destinos de su pueblo y el Señor le contestó: ya que no me has pedido bienes terrenales sino tan solo la sabiduría, oye mi palabra, te la daré tan colmada, que nadie la haya de tener ni superior ni igual a la tuya, antes ni después de tí y además por añadidura te daré gloria y riquezas cual no las tuvo ningún otro rey de la tierra *Dedit ei Dominus latitudinem cordis quasi arenam quae est in littore maris*, y el señor concedió a Salomón una anchura y grandeza de corazón comparable tan solo con la extensión de arena que cubre la ribera del mar.

Señores, acudo a este pasaje bíblico para resolver una dificultad que os habrá preocupado de cierto, al oírme sintetizar a grandes rasgos los bienes de todo género que derramó García Moreno a su paso por la presidencia de la República y cuenta que lo dicho no es ni la centésima parte de la que pudiéramos y debiéramos decir. De seguro que os habréis preguntado con curiosidad y asombro: Pero puede haber todo esto en un hombre, es decir en la salud, las fuerzas físicas y morales, los alcances y aún en el tiempo y duración de un ser humano y moral? ¿O serán más bien exageraciones, hijas del entusiasmo y de la fantasía?....

Muy pródiga por cierto anduvo la naturaleza en dotar excelentemente a García Moreno con todas las prendas que hacen a un hombre, simpático, atrayente, admirable. Su estatura alta, su mirar profundo, su aspecto de gran Señor, su andar firme y seguro, su hablar claro, incisivo, terminante: cualidades son que roban muy pronto los ojos y cautivan el corazón. Y ved aquí explicado el secreto de la impresión que causa su presencia en todas partes, de sorpresa, asombro y reverencia. Pero esto no es sino la corteza; penetrad adentro: en su gran cabeza, vuelta cana y calva por el estudio y las preocupaciones, se agita una memoria y retentiva que raya en prodigiosa, una inteligencia perspicaz y penetrante, que desarrolla con un largo estudio de las ciencias exactas, le hace ahondar en el acto en cualquier asunto y ver claro en él y dar con acierto siempre la solución más segura y atinada. Penetrad aún más y llegaréis a ese corazón magnánimo, tierno y compasivo en exceso, siempre dispuesto a perdonar, incapaz de odiar a nadie, anheloso de hacer siempre el bien a todos.

De ese corazón, de ese talento, de ese organismo tan admirablemente formado brota su temperamento sanguíneo nervioso, y su carácter fogoso y ardiente, pero a la vez sereno e imperturbable siempre, siempre firme, constante, inquebrantable como el hierro. Con estas cualidades tuvo razón Luis Veuillot en escribir de él "que era la honra de la humanidad."

Por cierto que con estas cualidades, García Moreno en cualquier carrera y en cualquier empresa hubiera hecho prodigios y maravillas.

Y sin embargo tengo motivos para asegurar que en el trabajo de regeneración del Ecuador, no le bastó la naturaleza más privilegiada.

El mismo lo entendió y así, imitando a Salomón, desde los primeros días de su mando, imploro los auxilios de la gracia, es decir la luz y la protección del cielo. Siempre creyente y sincero cristiano no había sido ferviente en la práctica de su religión durante su juventud. Llega a la Presidencia, hácese cargo de la inmensa responsabilidad que pesa desde entonces sobre sus hombros, determina hacer el bien a su pueblo y se siente debil ante lo inconmensurable de la empresa y acude a Dios con confianza y fervor nunca desmentidos. Ved como empieza su jornada diaria corriendo al templo y puesta la rodilla en tierra, se pierde en oración recogida; ved como a diario oye la Santa Misa y se fortalece con la Sagrada Comunión, y purifica su conciencia con la confesión semanal. Ah! no le digas que estos son ejercicios de un Cenobita y no de un Seglar y Supremo Magistrado, porque él os contestará con Cisneros, el inmortal Ministro de Carlos V: "Así lo hago porque así lo necesito. A los pies del Crucifijo es donde se aprende a gobernar a los pueblos". Allí en efecto aprende a ser humilde de corazón y manso y paciente y compasivo con los importunos, y a dar ejemplo de virtud en todas partes, y pruebas manifiestas de valor cristiano en público y de fe ascendrada en las solemnidades del culto católico... ¡Qué significan para él las cobardías del respeto humano o las mordaces críticas de los malvados y de los católicos vergonzantes! Esta es su convicción, este es su deber de conciencia y lo cumplirá a la faz del cielo y de la tierra. ¡Si no fuera por este espíritu interior, por esta fortaleza sobrenatural, por esta luz sobrehumana que recibe en el trato interno con su Dios y su Jesús Sacramentado, ¿cómo explicar esos actos inauditos y geniales que solo él tuvo valor de concebir y llevar a cabo? Me urge y me estrecha el tiempo, pero; cómo no aludir siquiera a la evangelización de la raza indígena en las dilatadas comarcas de nuestro Oriente... este paso colosal que dió García Moreno, en caso de haberlo adelantado con tesón, sostenido con constancia hubiera logrado innumerables almas para Dios, grandes conquistas a la civilización, y asegurado la tranquila posesión de riquísimas comarcas al pabellón Ecuatoriano!

Y ¿qué os diré de esa consagración oficial de la República al Sagrado Corazón de Jesús; ¿no os descubre ni revela desde luego un pecho noble y profundamente encendido en el amor a su Dios y que por lo mismo desea verlo reinar en todas partes como dueño legítimo y absoluto del individuo, de la familia, y del Estado ecuatoriano y se adelanta a dar ese paso edificante, jamás y en ninguna parte hasta entonces visto ni contemplado, de poner a las plantas del Corazón Divino del modo más público y oficial las armas y el escudo de su Nación querida?

Y ese cordial y cariñoso afecto, esa adhesión filial a la Santa Sede y a su Jerarca Supremo, ¿no será para vosotros objeto conmovedor de admiración y edificación profunda? Oh! leed si, para consuelo vuestro esa correspondencia filial e íntima entre el mejor de los hijos y el más amoroso de los padres, el Santo Pontífice Pío IX, y sentiréis el aroma celestial que desprende la fe unida con el amor a la Santa Iglesia de Dios y de Jesucristo. Después de mil ultrajes a su autoridad regia y divina, queda súbita y sacrilegamente despojado de sus estados el agosto y venerando Pontífice.

Oyelo el invicto García Moreno y cual León herido en lo más vivo de sus entrañas, se llena de indignación y coraje. ¡Ah! que no sea él poderoso para correr en el auxilio de su adorado padre, el padre común de la Cristiandad! Y los demás Gobiernos católicos, qué hacen y dónde están?.... Será que ya no hay católicos en el mundo? A todas esas preguntas no hay más que una respuesta: la del silencio, el silencio de la complicidad, de la

connivencia o de la cobardía. Pues ni cobarde ni cómplice será García Moreno y esforzará la voz, y levantará su protesta altiva y terminante y la mandará a todas las cancillerías americanas, y asombrará al mundo y arrancará lágrimas de júbilo y de consuelo de los ojos del inmortal, del dulce y Santo prisionero del Vaticano!

Después de tantas hazañas, nos podrá sorprender y nos deberá extrañar que García Moreno tuviera tantos enemigos? Si, señores, los tuvo y los debía tener, porque Jesucristo, la verdad infalible ha dicho: Si me *persecuti sunt et vos persequentur*. Si me persiguieran a mí, a vosotros también os perseguirán...y ¿no queréis y extrañáis que se cumpla en los fieles siervos del Salvador el oráculo divino?

Los debía tener porque vivió y actuó en su propia tierra, y recordaréis el refrán vulgar y evangélico: *nemo propheta acceptus est in patria sua*. Con qué verdad tan gráfica ha escrito un su historiador: García Moreno es un árbol gigantesco de nuestras tierras tropicales: unos lo han mirado de lejos y no han visto más que sus ramas colosales y sazonados frutos y lo han transformado en un héroe legendario; otros se han quedado debajo, se se han acereado demasiado y no han reparado más que en la hojarasca de parásitos, que cubría su tronco corpulento. Adoptemos un criterio más justo y sereno: Nuestro héroe tuvo sus defectos como todo ser mortal y humano; pero reconoced que estos no fueron sino el exceso y exuberancia de sus cualidades y que jamás fueron de naturaleza que vinieran a empañar o a desluciar sus merecimientos imponderables.

Los debía tener en fin porque García Moreno era *grande* en todo y la grandeza choca a los pequeños, y ruines y pequeños son los envidiosos, los mordaces y los cobardes. *Loco* lo llamaron en muchas ocasiones aun los mas adictos y allegados, porque no tenían ojos para ver lo sublime de sus ideales ni corazón para entrar con valor por el camino de su realización... y el héroe en más de una ocasión, se vió solo y abandonado —talvez mordido y criticado— y así solo, sin mas que su confianza en Dios y el poder de su brazo, tomó a su país y sacó del abismo de la ruina moral y la material y lo llevó a la cumbre de la civilización cristiana.

Ultima pregunta, Señores, y terminaremos: ¿Cómo debía morir un pro hombre de esta clase, en pos de una vida tan colmada de obras en bien de los suyos? Tranquilo en su lecho, rodeado del afecto de su familia y de la gratitud de su pueblo? Nada más justo por cierto ni más bien merecido, pero común, pero vulgar y prosaico. Un varón de tanto mérito no podía morir sino mártir de su deber, de su fe y de su patria.... para dar, como el Salvador, a los suyos la prueba suprema de su amor. *Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. Ninguna muestra mayor de afecto puede haber que la de dar uno la vida en bien del amigo.... Además, tan alentada estaba su alma y tan abrazado su pecho que el afán de morir así había sido y era el deseo, la ambición, el suspiro de toda su vida. Oid estas palabras de fuego escritas a Pío IX el 17 de Julio del 75 cuando acababa de ser reeligido: "Ahora necesito más que nunca de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra Religión Santa y de esta pequeña República. Qué fortuna para mí, Santísimo Padre, la de ser aborrecido y calunniado por causa de Nuestro Divino Redentor, y qué felicidad tan inmensa sería para mí si vuestra bendición me alcanzara del Cielo derramar mi sangre por el que, siendo Dios, quizo derramar la suya en la Cruz por nosotros!"

Esta oración fue oída, Señores, y mientras con un arrojo y valor sin igual García Moreno derrama su sangre en bien de su amado pueblo, por tantos años cubierto de sus beneficios, el Señor desde el Cielo, justo remunerador de la virtud y del mérito, ciñe sus sienes con la diadema de la inmortalidad".....

“*Muero yo, pero Dios no muere!*” Ven Angel de la muerte, y sostén con tu mano al héroe caído y destrozado, para que descansa sobre el corazón de Cristo! Tú le inspiras en vida el lema sagrado que viene a ser el consuelo y el trofeo de su agonía. *Dios no muere....* al fulgor de esa luz tomó un día entre manos el timón de la nave del Estado y la llevó por en medio de mil escollos sana y salva, al puerto bonancible de la prosperidad y la civilización.... *Dios no muere....* y al calor de ese ideal, pasó por la tierra haciendo el bien y sembrando sus huellas de monumentos impecederos que dirán a las generaciones venideras hasta dónde amó a su pueblo éste su inmortal Padre y protector! *Dios no muere* y por lo mismo que es justo e inmortal, pidele al Dios vivo el premio condigno de tantos esfuerzos y de tantos heroísmos y proezas. *Beati qui in Domino moriuntur: opera enim illorum sequuntur illos....* Felices si los que mueren en el Señor, puesto que van acompañados de sus obras como de otros tantos trofeos.... pero antes de cerrar los ojos a la luz de este mundo, dile de nuestra parte que aquí permanece nuestro corazón destrozado y agradecido, que le ama y le recuerda y le bendice, y espera del amor jamás desmentido que nos profesó en vida, que también desde allá, desde el asiento de la felicidad eterna y verdadera, extienda sobre nosotros su égida de protección con la que este pueblo permanezca siempre fiel a su fe y tradiciones católicas y antes se vea borrado de entre las naciones cultas y civilizadas de la tierra que olvidar ingrato las lecciones y ejemplos incomparables que le diera y en este día sellará con su sangre el inmortal D. Gabriel García Moreno.

He dicho.

Quito, Agosto 6 de 1921



Velada Fúnebre

INVITACIÓN

«Quito, 5 de Agosto de 1921.—Señor.—El Centro Popular «García Moreno» tiene el alto honor de invitar a Ud. a la *Velada Fúnebre Literario-Musical*, que en conmemoración del 46º Aniversario de la muerte del Excmo. Sr. Dr. Dn. *Gabriel García Moreno* tendrá lugar, de acuerdo con el Programa adjunto, el Sábado, 6 del presente, a las ocho de la noche, en el Salón de Actos de los HH. de las EE. CC. de San Blas.—Nos anticipamos a presentar a Ud. nuestro agradecimiento por la concurrencia a la Velada.—Por ausencia del Presidente,—El Vicepresidente, *Carlos J. Albornoz*.—El Secretario, *Carlos M. Ron Sierra*.»

«Programa.—I. Himno a García Moreno, letra del Sr. Dn. Belisario Peña y música del Profesor condecorado Sr. Francisco J. Romero, cantado por los socios del Centro Popular «García Moreno,» Círculo «La Salle» y alumnos de la Escolania de los HH. de las EE. CC.—II. Discurso del Sr. Dr. Dn. Alfonso Ribadeneira.—III. *Guglielmo Ratcliff*.—Lamentaciones heroicas, pieza ejecutada por la orquesta Mendelshon.—IV. «*Inmortal*,» Poesía recitada por su autor Sr. Dn. Carlos J. Albornoz, Vicepresidente del Centro.—V. *E. Grieg*.—La muerte d'Asse, solo de violoncello, ejecutado por el Sr. Juan C. Cruz.—VI. Discurso del Sr. Dr. Dn. Manuel Granizo.—VII. «*Ecos de Dolor*».—Solo cantado por el Sr. Dr. Dn. Luis A. Salgado, música de Monseñor Costamagna.—VIII. «*Héroe y Mártir*».—Oda del vate laureado, R. P. José Luis Velasco, S. J.—IX. Soneto del Sr. Dr. Dn. José J. Estupiñán.—X. *Chopin*.—Nocturno N° 1°.—Orquesta Mendelshon.—XI. «*Drama Sangriento*».—Discurso del eminente literato cuencano condecorado, Rvmo. Sr. Canónigo Juan María Cuesta, leído por el Sr. Dr. Dn. Luis A. Salgado.—XII. *Chopin*.—Marcha Fúnebre, Orquesta Mendelshon.—XIII. Clausura del Acto por la Presidencia.»

DISCURSO DEL SR. DR. ALFONSO RIBADENEIRA S.
PRONUNCIADO EN LA VELADA FÚNEBRE DEL 6 DE AGOSTO

Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo de Bolívar; Señores Presidente del Centro Nacional y Vicepresidente del Centro Popular pro García Moreno; Respetables miembros de los Directorios Supremo y Provincial Conservadores; Venerables Sacerdotes; Señoras; Señores:

!Bien quisiera en esta triste y angusta solemnidad, verbo inspirado y elocuente que sepa traducir los sentimientos, a cuyo impulso irresistible vuestros corazones y el mío palpitan con latidos de hondo quebranto, al evocar con piadoso respeto, el inmortal recuerdo de aquel hombre excelso, que, en un día como este, de fatídica memoria, sucumbió víctima de su amor patrio, mártir de su fe, al golpe artero de traición villana, de crimen nefando y cobarde, parto de la perfidia y la impiedad de hombres sin Dios ni ley.....

La voz del dolor resuena hoy, con plañidero acento, por todos los ámbitos de la República; y la Iglesia, asociada al lúgubre concierto, eleva también al cielo el sublime gemido de mística plegaria, por el que fue denonado campeón del cato-

licismo; defensor infatigable de los sacrosantos derechos de Dios; Magistrado incorruptible que, con privilegiado cerebro y férrea voluntad, combatió el vicio y el error; refrenó el crimen; moralizó las costumbres; dió, en fin, a su Patria dignidad y honor, virtud y honradez, lustre y grandeza, progreso y bienandanza, para que viva vida próspera y feliz y pueda presentarse altiva en la comunidad de los pueblos cultos, y ocupar el puesto que le corresponde, ceñida siempre su frente con el laurel inmarcesible de sus glorias y heroísmos legendarios!

¿Cómo no ha de sentirse, señores, el alma de todo ecuatoriano, en quien no se ha extinguido la llama ardiente del patriotismo, fuego sagrado que sabe engendrar héroes y mártires, y que a todos nos impele a amar a nuestra madre común con las dulcísimas ardencias de filial ternura; cómo no ha de sentirse, digo, abatida y desolada en presencia de aquel formidable cataclismo de eterna prolongación, producido por la ausencia, también eterna, del Hombre Gigante, que ostentó en su sér, con los blasones de prosapia ilustre, el valor y la fe de Bolívar y de Sucre, y la abnegación del héroe adolescente, que envuelto en los pliegues del tricolor nacional, recibió en el polvo el beso de la muerte y ofrendó su sangre en aras de la libertad, para que el Ecuador, independiente y soberano, marche airoso a la conquista del progreso.

¡Ah, señores! ¡Amor y amor sublime a la Patria segó la vida de Calderón en las breñas del Pichincha; y el mismo amor hizo caer, también, al egregio Presidente exánime y sin vida, en la cumbre del Poder, cuando ascendía al Capitolio, llevando junto a su pecho su postrer mensaje, que, como los anteriores, fue la llave de oro de los felices destinos de la Patria, que, desde entonces lamenta inconsolable la pérdida del primero y más preclaro entre sus hijos!

Corto, muy corto me quedaría, señores, si pretendiera hacer en este desaliñado discurso el recuento de las innúmeras y excepcionales dotes que caracterizaron a García Moreno en los múltiples aspectos de su elevada personalidad. Voces autorizadasísimas, magistrales plumas de dentro y fuera de la República, se han encargado de pregonar por todas partes la excelsa valía del personaje ilustre; y la trompeta de la fama ha resonado más allá de los mares, donde se conoce y admira al Estadista eminente de alta videncia y versación profunda; al Apóstol de la justicia, a la cual rindió siempre culto fervoroso, realizándola en todos los órdenes de la vida, con la incontrastable pujanza de su gran carácter; al patriota abnegado, que amó al Ecuador con sin igual desvelo, hasta dar por él su vida y, por fin, al hom-

bre de fé, que ya herido de muerte y al exhalar su postrimer aliento, lanzó de sus labios balbucientes aquel sublime «Dios no muere,» último grito de su alma heroica y creyente, y anatema formidable contra sus verdugos, cuyo crimen sin nombre no ha de quedar impune, en la hora terrible de la Justicia Eterna!!

La Historia, censora veraz y justiciera de individuos y pueblos, ha impreso ya en sus páginas, con caracteres de luz el nombre de García Moreno; y la vida de este Varón preclaro, tan fecunda y proficua en bienes de todo género, la historia ha recogido en letras de oro, que ni la ingratitude ni el tiempo podrán borrar.

El hogar cristiano, ese pedazo de cielo iluminado con los destellos de la luz divina, y vivificado por la Fé, la Esperanza y el Amor, triple broquel del alma; aquel nido de castos ensueños y de tiernos y sencillos afectos, donde el ángel de la dicha, solícito siempre nos arrulla con dulces cantares de paz y nos cubre con sus alas blancas, mientras sin inquietudes ni temores, reclinamos la cabeza en el corazón de la madre o de la esposa, para contar sus latidos y adormecernos, plácida y tranquilamente en su regazo, respirando un ambiente de lirios y azucenas....; ese hogar, señores, perdió en García Moreno al guardián de sus puertas, al fiel centinela de su honor. Y hoy la paz, la felicidad, la virtud, la dignidad, el pudor y la honra, que presidian la vida de la familia, dentro de la íntima comunión de afectos, han huído ruborizados de muchos hogares; pues que en ellos se ha repudiado a Dios!!!

¿Y qué decir señores, del actual deplorable estado de la sociedad, que víctima de la indiferencia religiosa y del ateísmo práctico se precipita veloz hacia el abismo? El error y el vicio; la degeneración y el crimen, con su espantable séquito de miserias y verguenzas, pasean triunfantes luciendo su repugnante deformidad, preparando en los antros de corrupción refinada, la general hecatombe de ideas y conciencias.

Ante cuadro tan triste y horripilante, ¿cómo no sentir, señores, y deplorar el inmenso vacío que dejó en la sociedad la prematura muerte del Grande Hombre que, con su acción moralizadora y brazo de hierro, ahogó los instintos de la fiera humana, oponiendo a sus crueles embestidas el antemural inexpugnable de las sanas doctrinas y de una sólida educación religiosa? ¿Cómo no hechar de menos a García Moreno, si él fué firme sostén de la Religión, que es vida del espíritu; y que levantando al hombre del fango del materialismo grosero y abyecto, lo eleva, en alas de

la virtud, hacia las plácidas regiones de mundos superiores, para sumergirlo en la dulce contemplación de la Belleza y y del Bien infinitos, en cuya posesión, plena y perdurable, encuentra la verdadera felicidad, que es el constante y supremo anhelo de su ser?

¡Oh vosotros los malos hijos de la Patria, que ciegos de sectarismo y odios satánicos, maldecís, gratuitamente, la veneranda memoria del Gran Ecuatoriano; vosotros los que sin pudor, pretendéis arrojar sobre su nombre el cieno inmundado de la difamación y el dicitario, únicamente para desahogar vuestros corazones que hierven pretóricos de venganza rastrera; deponed por un momento vuestros rencores, abatid vuestro orgullo; y, pagando un pequeño tributo a la justicia, inclinaos reverentes ante la tumba del «hombre que honró al hombre»; del Gobernante modelo de gobernantes, que fué en Sud América astro de primera magnitud, de irradiación potente, por su carácter, inteligencia, virtud y saber!

Y vosotros, que llevando intacto en el alma el tesoro de la fé, ostentáis en vuestras frentes el lema glorioso de «Dios, Patria y Orden,» y os ufanáis por seguir las luminosas huellas de García el Grande, sin miedos ni claudicaciones; vosotros que dóciles a la voz imperiosa del deber y los suaves toques de la gratitud presurosos os habéis congregado aquí para honrar su gloriosa y santa memoria y maldecir a los viles asesinos de la Patria, ciegos instrumentos de las logias.....; venid conmigo, y en íntimo y piadoso recogimiento, dejad en su sepulcro las flores del recuerdo, que lleven la savia inmortal de vstra admiración y cariño! El nos escucha desde el cielo! Jurémosle, pues, guardar con fidelidad la valiosa herencia de patriotismo, abnegación y fé, que a la república dejó en su testamento de amor, escrito y sellado con su sangre!!!.....

DISCURSO

Pronunciado por el Sr. Dr. Dn. MANUEL GRANIZO D.

Señores:

No hay sacrificio más grande que el sacrificio de la vida; es el supremo sacrificio con que se atestigua la grandeza de una convicción y la sublimidad de un sentimiento; ante él como sombras de crepúsculo precursoras de la noche, desaparecen las fatigas con sus laxitudes y desalientos, el hambre con

sus desesperaciones y ansiedades, el destierro con su desolación y nostalgia, la cárcel con sus puertas cerradas, la miseria con sus penas abiertas. Todos los dolores de la vida son nada ante la visión de la catástrofe final.

¡Y es que la vida es la aspiración constante del ser; es el tesoro más querido y más valioso que le queda a la humanidad, por miserable que sea, después que ha perdido hasta la esperanza.

El desgraciado que ha visto desaparecer salud, fortuna y honores; y con éstos los seres queridos del corazón, se alegra cuando amanece el nuevo día que le trae en el primer rayo de sol de la mañana la luz de una esperanza; el miserable pordiosero del arroyo que ya ni andrajos tiene para cubrir sus carnes ateridas se consuela porque sabe que esas carnes aún conservan la caliente savia del rojo licor de la vida; y hasta esos vencidos que, en las blancas camas de un hospital, se retuercen con los delirios de su dolencia, calman el tormento de su desasosiego cuando, al llevar la manos al pecho, sienten que bajo ellas palpita el corazón.

¡Ah, la vida; sin embargo de ser tan penosa y tan triste, nos es tan querida y tan deseada! Pues así tan deseada y querida, llega un momento en que hay que entregarla cuando Dios y la Patria nos la piden. Pocos son desde luego, los hombres generosos y valientes que la saben sacrificar por este ideal sublime, el ideal de los ideales: su Dios y su Patria. Por eso, cuando de siglo en siglo la historia del mundo egoísta y cobarde nos muestra un nombre escrito con sangre generosa, la humanidad entera se postra ante él, y le aclama vencedor y mártir, y le acoge entre sus héroes, y le tributa admiración, y le llama inmortal. Sí, inmortal, porque en las veleidades e inconstancias del corazón humano, solo lo que está escrito con sangre no se borra nunca.

Cristo, el divino regenerador del mundo, el eterno triunfador del mal; sus apóstoles y sus mártires, regeneradores y vencedores al igual que el Maestro, hubieron de sellar con la sangre fecundante de sus venas todas las grandezas y todas las dulzuras de su Religión sacrosanta. Después acá: los grandes genios, los esforzados libertadores, los conquistadores, los guerreros, los héroes de imperecedera memoria han ido dejando una estela roja, que señala el camino por donde deben seguir los que aspiran al triunfo de la inmortalidad.

Sin la sangre divina que empapó el Calvario, sin los miembros destrozados que cubrieron la arena del Coliseo romano, sin la ancha herida por la cual se escapó el espí-

ritu de García Moreno, ni el mundo se hubiera salvado, ni Roma fuera hoy la sede del sucesor de San Pedro, ni el Ecuador ostentara su grandeza ante el mundo civilizado.

Sí, señores, la obra de García Moreno, obra poderosa de su genio, puesto al servicio de la convicción más noble y más sublime de cuantas pueden arraigarse en el cerebro humano, hubiera desaparecido al golpe constante de la piqueta demoledora, con que el mal ha cubierto de ruinas naciones más poderosas pero menos afortunadas que la nuestra; el alarido salvaje del monstruo triunfador hubiera ahogado la voz justiciera y conminadora del Defensor y Mártir del Derecho Cristiano; el agudo chascar del azote de los tiranos mezclándose con el redoble de los tambores que tantas veces han entonado las dianas de la impiedad triunfante, hubiera sido bastante para matar el brío de los cachorros del León, si éste no hubiera confirmado con su sangre el mensaje presidencial que, al par, fue para nosotros programa y testamento.

¡García Moreno fue grande porque vivió convencido, fue bueno porque supo vencerse, alcanzó la fortaleza porque fue virtuoso; pero no hubiera sido capaz de una convicción tan acendrada, de un triunfo tan completo y de una virtud tan ejemplar, si no hubiera tenido el aliento, como lo tuvo, para caer valientemente sacrificando su vida por esa misma convicción, por esa misma victoria, por esa misma virtud.

Y ¿sabeis por qué? Pues, sencillamente, porque la fortaleza de los robles gigantescos se prueba cuando la tempestad desgarrá su ramaje, y el hacha embota su perfil corante en las endurecidas fibras de su robusto tronco.

Era un día como éste: el asesino sin valor para atacar de frente a su víctima, le asecha escondido como los chacales de la selva, y luego, seguro del golpe le atacó cobardemente por la espalda, y segó la preciosa vida del más grande de los ecuatorianos, arrebatando la prosperidad de toda una Nación y dejando el duelo en los corazones de los buenos que, en una larga desesperanza del presente, vuelven los ojos al pasado por ver de encontrar en él los restos de una grandeza que bien nos hace falta para cubrir decentemente nuestras flaquezas y miserias.

¿Por qué no decirlo? Desde el momento en que el machete de Rayo rompió la potente diestra que sostenía, con gallarda valentía, la bandera de las reivindicaciones, parece que la gran raza de los próceres de la independencia ha degenerado en el Ecuador: ya no se ama la libertad con el sentimiento de abnegación y sacrificio; deslumbrados y a-

turdidos sin duda por el torbellino de las reformas inconsultas e inconcientes que, con apariencias de progreso han pasado por nuestro suelo como el caballo vencedor de Attila, ya hemos perdido la conciencia del peligro y no nos damos cuenta de los sacrificios a que estamos obligados para salvar a la Religión y a la Patria.

Es muy triste ver que nadie está en su puesto: todos sin dejar de ser honrados, buenos hijos, padres ejemplares, cristianos fervorosos, procuramos sin embargo, rehuir la fatiga y el sacrificio, y, sintiendo el frío de prematuros desengaños, nos acogemos al calor del hogar para esconder en el último rincón de él nuestro inútil e infecundo patriotismo. Y, es natural que si nadie de los buenos está en su puesto, en él estará el socialista, el asesino, el ladrón, el revolucionario.

Los tiempos han cambiado: cuando el Ecuador fue grande, cuando fué la República del Corazón de Jesús, los nobles y plebeyos, los obreros y los ricos sentían palpitar dentro del pecho un corazón de acero, siempre fuerte, siempre altivo para avanzar sin vacilaciones ni cobardías en la defensa y propaganda del Bien y la Verdad.

Y no creáis por esto, que hoy vengo a vosotros, aprovechando la ocasión a censurar vuestra conducta o a incitaros a que os arrojéis a la calle con el arma en las manos. No; ¿qué derecho tengo para censuraros si sois ecuatorianos, si sois católicos entusiastas y, por añadidura, partidarios y admiradores del Mártir de la Justicia y del Derecho? No; ¿qué voy a hablaros de combates materiales, si apenas quedan en mi garganta palabras de angustia y quejas de desolación? Vengo, modestamente y con el alma dolorida a recordar, a la nobleza y al pueblo, al potentado y al menesteroso, el trágico suceso, el crimen horrendo que causó la desventura de la tierra ecuatoriana. Me traslado con la imaginación al lugar de la tragedia, y ahí descubriéndome respetuosamente ante los destrozados miembros del Mártir, os digo a todos: ¡contemplad como, por sobre ese cadáver venerando, pasa una muchedumbre enloquecida; aullando de furor salta la jauría; el mal asienta su trono; las ideas se pervierten; el corazón se corrompe y la Fé bendita de nuestros mayores, la Religión de García Moreno nos abandonan; y la República del Corazón de Jesús se ha convertido en charca de reptiles y en cubil de fieras! Si, esto he venido a deciros, y algo más: he venido ha deciros que, imitando el ejemplo del Gran Hombre, penetremos decididos en las compactas filas de la impiedad, y allí sembramos por cada semilla mala, mil buenas; por cada periódico disocia-

dor y corruptor, sostengamos uno veraz y justiciero; para contrarrestar las escuelas sin Dios, establezcamos las que enseñan el catecismo; seamos los lazarillos de los que ya no ven en la noche de sus crímenes; constituyámonos en los centinelas de nuestro hogar; y cuando ya no podamos más, caigamos con la cara al sol, sosteniendo con la diestra moribunda el glorioso estandarte de nuestra Religión y nuestra Patria.

Para terminar, permitidme que en nombre de esa Patria tan querida y de esa Religión tan santa, os recomiende una verdad tan clara y elocuente para ser olvidada: si queremos honrar debidamente la gloria y la grandeza de este Hombre Extraordinario, esforcémonos por imitar su virtud y patriotismo, sintamos, corazón adentro, el homenaje que le vamos a tributar, para que nos resulte sincero y, sobre todo, gloriémonos de profesar valientemente los mismos principios y practicar el mismo catolicismo que él profesó y practicó. De otra manera, el himno de nuestra admiración se perderá en los espacios infecundos de una vergonzosa inconsecuencia, y el monumento que levantarán nuestras manos, si bien encerrará la fría belleza del arte, no guardará como en cofre de recuerdos el calor de nuestros verdaderos afectos y admiraciones. Y, ya sabéis vosotros, mejor que yo, que el mármol o el bronce se destruye con el polvo de los años, pero el sentimiento generoso del corazón se engrandece y fortifica más, según va pasando de generación en generación con el lustre de la fama y el respeto.

Y, ahora, mientras se realice la gran apoteosis del Genio abra la Cruz bendita sus santos brazos para resguardar la tumba sagrada en donde descansan sus queridos restos, y el Pabellón nacional, a media hasta, en señal de duelo cubra reverente esos despojos que están palpitando en espera de la hora solemne de la justicia y gratitud de todo un pueblo. Si, señores, la Cruz emblema del martirio, la Cruz vencedora ante la cual ha caído abatida la orgullosa frente de los grandes y poderosos de la tierra, y que, mimbada con los resplandores del supremo sacrificio del Gólgota es el gran faro de los que luchan en el tempestuoso mar de la vida; la Bandera de la Patria, sagrada insignia de nuestras glorias y esperanzas en cuyos hermosos pliegues está escrita toda una historia de heroísmos, y que lleva en sus listas, como el mejor blasón de su legendaria grandeza, toda la sangre de nuestros héroes, todas las promesas de nuestro cielo y todas las realidades de un progreso que, como el oro de nuestras montañas, si bien tiene subido quilate, espera la fragüa del trabajo para purificar sus escorias,

Cruz y Bandera que, en un íntimo y estrecho abrazo, guardando la tumba del Héroe Mártir, simbolizan el pasado y confortan el porvenir; Cruz y Bandera, ante las cuales tantas veces se prosternó García Moreno, luchando por ellas. Cruz y Bandera que tienen, como digno pedestal, la plateada cima de nuestras gigantescas montañas y, como santuario, el corazón generoso de todos los ecuatorianos.

HEROE Y MARTIR

A LA CARA MEMORIA DEL EXCMO. SEÑOR DOCTOR DON

Gabriel García Moreno

EN EL ANIVERSARIO DE SU GLORIOSA MUERTE

6 de Agosto de 1921

(Dedica respetuosamente, con el debido permiso, a su señoría Ilustrísima el Sr. Dr. Dn. *Alberto M. Ordóñez*, dignísimo Obispo de Ibarra)

Cante mi voz al Hombre,
Prez la más noble de la patria historia,
Cuyo preclaro nombre,
Entre nimbos de gloria,
De mi pueblo palpita en la memoria.

Mas....¿cómo alzar el canto,
En este aciago, lastimero día,
Cuando en un mar de llanto
Veo a la Patria mía,
Cabe una tumba solitaria y fría?

“Padre,—gime la triste—
Vuelve; tu ausencia es demasiado larga.
Desde que tú te fuiste,
La soledad amarga
Mi vida, y la hace insoportable carga.”

Ya nueve lustros, llora
La sin ventura, su orfandad. Del cielo,
Con lágrimas, implora
Que la noche de duelo
Ilumine la estrella del consuelo.

¡En vano!—Más obscura
Y más triste es la noche.—En lontananza,
La estrella no fulgura;
Ni a vislumbrar se alcanza
La tenue luz de un rayo de esperanza.

De la Patria los ojos
No verán más al Hombre peregrino,
A quien trocó en despojos,
De la muerte, el mezquino,
El bárbaro puñal del asesino....

En las floridas cuestas,
Donde la vida palpar se siente,
Donde ven las florestas,
Hacia el zafir luciente,
Al Chimborazo alzar la nívea frente;

A su pueblo regía
El Hombre, honra del hombre.—El, en cadenas
Ató a la rebeldía;
Fue de Roma el Mecenas,
Y fue el Pericles de la sabia Atenas.

A su pueblo, en los Andes,
Por pequeño, perdido y olvidado,
De las naciones grandes
Lo hizo brillar al lado,
De laurel del Progreso coronado.

Las gentes más extrañas,
De ese Genio los hechos aplaudían;
Para ver las montañas,
Que con él florecían,
A estas los ojos con amor volvían...

Mas, de pronto, traído
Sobre las alas rápidas del viento,
De un corazón herido
Se oyó el lúgubre acento:
De la Esposa de Cristo era el lamento.

Cuando el pueblo cristiano,
Apóstata cobarde, la abandona
Al déspota tirano,
Que "Libertad" pregona,
Y le arranca de Reina la corona;

Ella, afligida, clama:
"Auxilio" a las naciones. Las naciones
Son grandes; las infama
Repeler con cañones
A las grandes mesnadas de ladrones.

¿Ya el débil inocente,
De la justicia y leyes al despecho,
Inclinará la frente,
Cederá su derecho,
Si un fuerte criminal consuma el hecho?....

¡Ah, no!—A esa voz de llanto,
Pueblo pequeño, mas viril, contesta;
Con ardimiento santo,
La usurpación detesta,
De ella, ante el mudo cómplice, protesta.

El que a ese pueblo guía,
Con alma y corazón de caballero,
Solo entra en la porfía;
Y, cual muro de acero,
Se opone a la ruindad del mundo entero.

Tal ve la cumbre Andina,
Al noble Rey de la familia alada:
Solo y audaz domina
En la región vedada
A las turbas que vuelan en bandada.

Desde la altura amena,
Donde al Pichincha baña el sol fecundo,
Del Héroe la voz suena;
Y pasa el mar profundo,
Y va a llenar los ámbitos del mundo.

“¡Oh sol!—exclama— atiende
A las palabras, que indignado entrego
A los vientos. Enciende
Mas mi ira con tu fuego,
Y breme el crimen de coraje ciego.

“¿Veré, sin que me hierva
La sangre, sin su cetro y su corona,
Y trocada en vil sierva,
A la augusta Matrona,
A la que Reina el mismo Dios pregona?

“¿Ignomia del mundo?
¿De Jesucristo el inmortal Vicario,
El Poder sin segundo,
Será de un rey, contrario
A toda fé, vasallo y tributario?...

“¡Mil veces no!—Yo juro
Que ese ultraje tendrá justa venganza.
No reinará seguro
El déspota que alcanza
El trono con sacrilega asechanza.

“Del sacrilegio en pena,
Ya irritada la cólera divina,
El trono y Rey condena
A escandalosa ruina,
Pese al mundo, que el crimen patrocina.

“Y un pueblo americano
El único será que tenga el brío
De enrostrar al tirano
Con el despojo impío;
Y ese pueblo ha de ser, ¡el pueblo mío!”

Las palabras ardientes
Hirieron, como un rayo, a las naciones
De entrambos Continentes....
Excelsos corazones
Dieron al Héroe honor y bendiciones....

Los antros, que en misterios
Envuelven la maldad, el grito alzarón.
De injurias, de improperios,
De perfidia se armaron;
Y la ruina de ese Hombre maquinaron.

“¿Nuestra soberanía,
Dijeron los impíos—en la tierra
Sufirá la osadía
Del que tenaz se aferra,
Solo e inerte en declararnos guerra?

“Al que a llamar se atreve,
De Italia a la conquista y al dominio:
Usurpación alevé,
Infame latrocinio,
Odio a muerte, venganza y exterminio”.

Y manos criminales,
De ese Mártir, la sangre derramaron;
Y de ella en los raudales
A la Patria arrojaron;
¡Ay! ¡y en noche sin fin la sepultaron!

¡Héroe, yo te saludo!
¡Mártir, yo te venero! ¡A ti caberte,
Por tu hazaña, no pudo
Más envidiable suerte
Que la vida inmortal de aquella muerte!

Cotocollao, 16 de Julio de 1921.

JOSE LUIS VELASCO. S J.

A GARCIA MORENO

Pudo el machete del sicario infame
hendir tu cráneo, destrozar tu frente,
y apagar la mirada refulgente
que causaba terror al criminal:
bien pudieron los viles asesinos
tus miembros desgarrar uno por uno,
despedazar tu cuerpo; mas ninguno
tu excelsa gloria amenguará jamás:
porque tu gloria es lima en que la sierpe
clavará en vano su letal colmillo;
a tu egregia figura mayor brillo
tus enemigos con su grito dan:
y tu nombre, que, un pueblo agradecido
pronuncia con respeto, el mundo admira;
patriotismo y honor al bueno inspira,
odio al perverso, furia a la impiedad.

En su insano furor, con lodo inmundo,
los que te odian manchar quieren tu frente;
mas del viento la rabia es impotente
para batir al roble secular.

Los años van pasando tu figura
con el correr del tiempo se agiganta,
y universal concierto se levanta
aclamándote Grande e Inmortal.

JOSÉ J. ESTUPIÑÁN

EL DRAMA SANGRIENTO

Discurso del eminente literato cuencano, Rvdmo. señor Canónigo
Juan María Guesta.

Señores:

Nos hemos reunido aquí, en esta velada fúnebre, para evocar la memoria del grande hombre, Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno.

Con marchitas hojas de laurel, queremos restañar la sangre de cien heridas que manan del pecho y de la frente del legendario Caudillo ecuatoriano!

Hay sangres que no se restañan, señores. El corazón del Ecuador, herido en el corazón de García Moreno, todavía se desangra. Desde hace más de nueve lustros el Ecuador es tierra de sangrienta carnicería.

La frente de la Patria herida en la frente de García Moreno, parece inhábil para el pensamiento; y como loca la Patria mía, de precipicio en precipicio, va como impelida hacia el abismo.

Dice Montalvo que su pluma lo mató. Pero García Moreno no murió envenenado, señores.

A García Moreno lo mató la misma cuchilla que degüella al Mártir. Así lo definió León XIII, cuando dijo: «Pro Ecclesia gladiis impiorum occubuit.»

En pocas palabras, voy a referiros su muerte: he ahí el tema de mi discurso.

Era la una de tarde del 6 de Agosto de 1875; el sol caía a plomo; las calles de la ciudad estaban desiertas: reinaban el silencio y la calma que precedon a las grandes tempestades.

Oyéranse los pasos del Presidente de la República que subía la escalera de piedra que conduce al portal del Palacio de Gobierno.

García Moreno vestía levita y paletó negros perfectamente cerrados y abrochados. Se cubrió y se abrochó de esa manera momentos antes de llegar a su calvario.

Misterios de la Providencia! El Presidente García Moreno, hombre de hierro, precautelándose contra las insalubres corrientes del aire, por hallarse un tanto enfermo, quedóse imposibilitado para defender su vida. ¿Cómo desabrocharse, en efecto, para usar de su revólver en el rápido momento de un asalto? La Providencia le entregó inerte en poder de sus verdugos: las víctimas suben maniatadas al altar del sacrificio.

García Moreno no temía la muerte, ni rehusaba derramar su sangre por la causa de Dios y de la Patria. «Pueden matarme, decía en el seno de los suyos, pueden matarme los enemigos de Dios y de la Iglesia, pero «Dios no muere.»

Supo la conjuración de Agosto, pero se limitó a contestar a los que le denunciaban: «¿Es imposible librarse del puñal del asesino.»

Aún más, momentos antes de la catástrofe conoció la inminencia del peligro. García Moreno despreció el pánico de sus amigos y prosiguió adelante, con paso firme, tranquilo y seguro. Después de Jesusristo, señores, los mártires todos con ciencia y conciencia avanzaron al circo de tigres y panteras.

Y continuó García caminando a su sepulcro.

Presentóse en el atrio del Palacio, erguida la noble frente, vigoroso el cuerpo, olímpico el semblante. Su talle esbelto, gallardo y varonil, denunciaba al soldado héroe de cien batallas; sus ojos grandes, negros, rasgados despedían el relámpago que mil veces amedrentó al sicario. Aún esta vez, los asesinos iban a llorar su impotencia, pues temblaron delante del Grande Hombre, más que Casio y Bruto delante del divino César.

Un momento más, y García Moreno hubiera entrado sano y salvo en la casa de Gobierno. De repente, como vibra el rayo, apareció a espaldas de García, feroz, enrojecido, hirsuto, el talabartero Rayo, un advenedizo de Colombia.

«Tirano», rugió la fiera humana, en hincó el puñal enorme, agudo y corvo en el cráneo de la víctima, a cinco centímetros detrás de la oreja derecha: la herida horripilante, profunda, media seis centímetros de extensión. El Presidente vaciló, como el cedro al golpe de hacha formidable; pero pudo girar veloz sobre sus pies, y afrontando al asesino, le arrojó en la cara la única arma que traía en la mano: el célebre mensaje, el testamento de un mártir.

Dicho mensaje, el más sublime de cuantos documentos oficiales registra la Historia de todo el mundo, sellado con la sangre del Primogénito de la Iglesia ecuatoriana, se conserva en el Vaticano, al amparo de la Iglesia de Cristo; el

testamento del hijo recogió la Madre. Cuando León XIII recibió aquellos sangrientos despojos, lloró sobre ellos, como lloró Jacob sobre los sangrientos despojos de José, y canonizó a García con enérgica frase: *Pro Ecclesia gladiis impiorum occubuit*, «murió por la Santa Iglesia, bajo la cuchilla de los impíos.»

Momento supremo! Al golpe del verdugo, se revolvió el Grande Hombre, herido de muerte. Se encontraron, frente a frente, el valor y la traición, la virtud y el crimen, el león y la víbora. Y como león se irguió García; los nervios del soldado y del atleta volvieron a toda su pujanza; los ojos del héroe despidieron llamas. Un momento más y el Vencedor de Jambelí, dueño de su revolver, hubiera podido vencer y disipar a la turba de sicarios que por todas partes le estrechaban.

Instintivamente tanteó los botones de su cerrado paletó. Inútil empeño! Antes de que pudiera desabrocharlos, Rayo, volviendo a la embestida, descargó tal cuchillada en la mano derecha de la víctima, entre los dedos meñique y anular, que, rotos los nervios y los huesos en corte de ¡catorce centímetros de longitud! el meñique y toda la parte correspondiente de la muñeca quedaron colgando retenidas únicamente por los tegumentos de la piel que cubren el antebrazo.

Los demás conjurados disparaban, entre tanto, balazos a mansalva. Ni una sola de esas balas pudo ni debió causar la muerte del Mártir: la bala tiene algo de noble y generoso; García Moreno, espiga cargada de dorado fruto, debió ser segado con hoz de acero. El puñal, emblema de la traición, al propio tiempo que ennegrece al verdugo, enaltece a la víctima: el puñal de la Logia, manejado por un hombre de pueblo, grosero e ignorante, es y será hasta el fin de los tiempos, el mejor timbre del Mártir del 6 de Agosto.

Tras tantas heridas, lívido y desencajado el rostro, descoyuntados los brazos y vertiendo pilas de sangre por las muchas heridas, como el grande Héctor de las visiones de Eneas, comenzó el Héroe a tambalear y caminar oblicuamente, de manera siniestra y horripilante, buscando ya su sepulcro.

Empujado por los sicarios, cayó desde el atrio que conocéis, sobre las piedras de la plaza. Se desplomó como el roble tronchado por la tempestad. Cayó, la noble frente contra el suelo, salpicando con su sangre los muros del Palacio. El Palacio de Quito, señores, alzándose como se alza sobre la sangre de un mártir, será en lo futuro el templo más imponente y más glorioso de la civilización cristiana en

toda la América Latina.

Pugró aún la víctima por levantarse, apoyándose en sus brazos rotos y destrozados; pero desfalleció de nuevo, cayendo sobre sus espaldas, vuelta la frente hacia los cielos; hacia el cielo, señores, a donde tuvo siempre vuelta el alma.

Rayo descendió por la escalinata del atrio, como fiera sedienta que ha olfateado sangre. Se encaramó sobre el tronco mutilado del agonizante, y descargó cuchilladas tales y tantas, que fragmentos del augusto cráneo brincaron a varios metros de distancia.

¡Horror! Por veinte heridas manaban borbotones de ardiente y generosa sangre, y el verdugo aún se cebaba sobre la víctima, destrozándole principalmente la cabeza, como destroza el rayo la corona de la palma.

Cuando llegó el momento de la fuga, Rayo quiso correr, pero no pudo. Estaba herido en la pierna: durante la refriega le habían herido los mismos conjurados. Milagros de la Providencia! Ella forjó al instante con el plomo destinado para la víctima el grillete de su verdugo!

Rayo se arrastró lánguidamente, huyendo como Cain, erizado el cabello, teñido en sangre, desencajada la faz y fuera de sus órbitas los ojos.

Infeliz, era ya tarde! La espada de la cólera del Cielo fulminó fatídica en su cabeza: la venganza de Dios no tardó un instante en ese día.

Rayo vió al General de la división que venía en auxilio del Presidente. El tigre tuvo miedo de la tempestad que rugía en su torno y se abalanzó al jefe de la escolta, en demanda de socorro contra el pueblo enfurecido. El General retrocedió; el pueblo creyó que la fiera se apercibía a un nuevo zarpaso y gritó despavorido, «mátenlo», al tiempo que una bala de remington pasó silvando por la cabeza de los espectadores y se hundió en la mitad de la frente del maldito de Dios y de los hombres.

García Moreno no había muerto aún. Todavía centellaba el astro en su sangriento ocaso. Su cabeza redonda, olímpica, soberana, ceñida con la rubicunda aureola del martirio, yacía contra el suelo sobre la dura piedra! La mano que empuñó la espada de Carlomagno yacía rota y horripilantemente mutilada y descompuesta! El que se irguió entre los ecuatorianos, cual el cedro entre los mimbres, yacía derribado como árbol seco en la mitad del camino!

Rudos soldados, de corazón encallecido en las carnicerías de nuestra Patria, dejaron correr lágrimas de fuego por sus tostadas mejillas al contemplar al Héroe rendido

al golpe del puñal, como un león a la mordedura de una serpiente.

Cuatro o seis personas cargaron en sus hombros al expirante adalid y llevaron a la contigua Catedral. García Moreno, el Primogénito de la Iglesia, debió morir allí, en el regazo de su Santa Madre.

Le colocaron a los pies de la Cruz de la Misión; de esa misma Cruz que, días antes, fue paseada en triunfo por las calles de la ciudad, en hombros del nuevo Heraclio, que ahora moribundo yacía a los pies del lábaro santo como glorioso pedestal de la Cruz ecuatoriana.

En medio del augusto y sepulcral silencio, interrumpido solamente por el hondo sollozo de un pueblo desesperado, el sacerdote de Dios preguntó a la víctima si perdonaba a sus verdugos: la mirada del Presidente, lánguida y moribunda, teñida ya en los crepúsculos de la eternidad, respondió afirmativamente a la demanda, y el óleo santo, el óleo de los muertos, ungió los miembros del soldado de Cristo. A poco se cerraron sobre García las sombras de la noche eterna y se cerraron también sobre la Patria las sombras pavorosas de un siniestro porvenir, señores, a que hemos llegado en nuestros días

El caudillo de Jesucristo, Macabeo de la lid cristiana, purificado por el martirio, expiró al pie de la Cruz. El Águila moribunda resguardaba todavía con sus alas rotas el nido de su amor y de su dicha.

..... :

Al desnudar el cadáver para hacer la autopsia de ese cuerpo anatomizado por la cuchilla de Faustino Rayo, le encontraron en el pecho anegadas en sangre: un detente del Sagrado Corazón de Jesús, un rosario de cuentas negras pasadas en hilo carmesí, una medalla de Pío IX y un relicario de la Santa Cruz; siempre la Cruz en el corazón del Mártir.

Ay del Ecuador, señores! La única reliquia del Mártir del 6 de Agosto fué: *la Cruz empapada en sangre.*

DISCURSO

con que, el señor Carlos J. Albornoz, Vicepresidente del «Centro Popular García Moreno» cerró la Velada del 6 de Agosto

Ilustrísimo Sr. Obispo, reverendos sacerdotes, señoras, caballeros:

Después de los meritísimos elogios, mejormente dicho, después de los verdaderos juicios expresados por vosotros

respecto del inmortal ecuatoriano que sentó bases inmovibles para la inequívoca felicidad de esta nuestra tan amada patria, ya no me quedan más consideraciones que agregar, sino sincera y respetuosamente agradeceros por el unánime esfuerzo, consecuencia legítima de la energía de vuestras facultades, patentizado en la magnífica celebración fúnebre para implorar del Juez Eterno el descanso del alma que infatigable le dió gloria como portaestandarte del pabellón católico, a travéz de impedimientos que, sólo un carácter gigantesco podía superar.

Al Ilmo. Sr. Arzobispo, al Vble. Gobierno Eclesiástico, que el justísimo Remunerador de las empresas santas, bendiga el rumbo de la barca encomendada por el mismo, a su solicitud, para que sin desviarse de la estela roja que dejó en el océano de la lucha el mártir del 6 de Agosto, feliz arribe al puerto en que el héroe se yergue circundado de glorificación perpetua.

Ilmo. Sr. Obispo del Chimborazo y de Bolívar, Vblo. Cabildo Metropolitano: Que el Mártir del Sagrario, en cuyas aras oficiásteis la mañana de hoy, implorando por el hombre de fé, que su esperanza tuvo sólo en Dios, circunde vuestras frentes con purpúreas rosas de caridad eterna

Reverendos PP. de la Compañía de Jesús, predilectos del sabio Magistrado que triunfador rindió la jornada, porque a vuestro lado combatió: gracias por vuestra actuación espléndida en sus funerales.

Reverendo P. Próspero Malzieu: Gracias por el elogio fúnebre muy digno de García el Grande.

Reverendos PP. Franciscanos: Aceptad nuestros agradecimientos sinceros por vuestra cooperación con la santa melodía clásica, por el alma de la ilustre víctima.

Reverendos Religiosos y Religiosas que, fervientes, implorásteis su perpetuo descanso; miembros del Comité Nacional, Directorios Supremo y Regional del Partido Conservador y demás distinguidos círculos sociales; oradores, artistas, distinguida concurrencia que me escucháis, miembros del Centro Popular «García Moreno», cooperadores para conmemoración tan magna, es para vosotros nuestra gratitud ingenua.

El Centro Popular, al que como Vicepresidente, honrado estoy representando, fortalécese en la fe y decidido prepárase a la lucha en pro del catolicismo, y más se persuade de la verdad que vivifica a su Religión, al ver a los Príncipes de la Iglesia de Jesucristo y a la pléyade sabia de Sacerdotes, a la vanguardia de la sociedad legítima, panegirizando con su apoyo y su augusta presencia el valor del católi-

co, el acierto del Magistrado, el heroísmo del Vengador de la fé, del Defensor de la Iglesia eterna, del mártir intrépido que, en su agonía, con rápida frase cantó el poema más sublime: «yo muero.....pero Dios no muere!»

Quito, 6 de Agosto de 1921

DIOS NO MUERE

Todo era luz, torrentes de armonía,
El cielo azul, sereno, esplendoroso,
Un sol radiante iluminando el día
Que se llenaba de inefable gozo,

De la virtud se oía el dulce acento
Como el del ruiseñor en la pradera,
Y la ciencia inundada de contento
Mostraba sus arcanos, lisonjera.

La Patria entonces, que gallarda andaba
Por la espaciosa vía del progreso,
Cómo la misma Europa la miraba
Lanzarse al porvenir, con embeleso.

Quito, la luz de América brillante,
Lucía sus hermosos resplandores,
Pedidos, por la mano de un gigante,
Al iris de vivísimos colores.

Este hombre que a la Patria iluminaba,
De aspiraciones sorprendentes, grandes,
Era García que feliz se alzaba
Cual suele el Chimborazo entre les Andes.

Y más grande tornóse todavía
Cuando con fuerte acento soberano
Protestó al verle, en tenebroso día,
Sin corona al Pontífice Romano.

Era la clara voz de la justicia
Que volaba vibrante desde Quito
Para que el mundo viera la malicia
Del bárbaro y sacrílego delito.

Desde entonces brillaron nuestros montes
Con más bruñido y refulgente manto,
Y hasta en los extranjeros horizontes
Se alzó por nuestra Patria un noble canto.

Mientras los ecos de este canto hermoso
Llegaban alegrar nuestros peñascos,
Se retorció el crimen asqueroso
De sus negras cavernas en los cascós.

Y afilando el puñal horripilante,
Y en los clamores diabólicos deshecho,
Juró cien veces al Varón gigante
Atravesarle con traición el pecho.

Con traición, cual víbora escondida
Asalta de improviso al pasajero,
Que cruza incauto la región tupida
De la anchurosa selva sin sendero.

La negra oscuridad se precipita
Y oculta el llano y la empenida cumbre,
La fiera hambrienta satisfecha grita
Por la extinción de la fulgente lumbre.

Ya va al Congreso el inmortal García,
Y al sentir que el puñal su pecho hiere
Con traidora y artera felonía,
Exclama con denuedo: *Dios no muere.*

Dios no muere los Andes repitieron
Y clama el Ecuador con noble gloria,
Dios no muere los astros escribieron
En el brillante cielo de la Historia.

Mientras mi Patria en este oscuro suelo
En Dios confiada la salud espere,
La luz será, que le conduzca al cielo,
La herencia de García: *Dios no muere.*

¿Qué ganó el asesino con la muerte
Del grande, del excelso Magistrado?
— Sumir a la nación en negra suerte
Y dejarle sin luz al pueblo honrado.

Baldón eterno de la raza humana
El crimen de ese día tenebroso,
Que lavará la Patria Ecuatoriana
Con llanto de sus hijos abundoso.

Los bramidos del alto Tungurahua
Que al cielo eleva su nevada frente,
Quisiera hoy día y su encendida fragua
Para que lllore por Gabriel su Gente.

ANTONIO RODRÍGUEZ S. Pbro.

Quito, Agosto 6 de 1921.



CANTO SECULAR

Por las regiones bellas
del cielo azul, entre canciones, sube
a la dulce mansión de las estrellas,
ardiente nimbo de opalina nube
llevando la armonía
del nombre augusto de la Patria mía.

Y el nombre esclarecido
apenas vibra en el celeste coro
de aligeras legiones, repetido;
cuando, entre campos de esmeralda y oro,
florecen las orillas
del feraz Guayllabamba en maravillas.

Prestadme, amenas lomas,
de la rosada aurora la hermosura;
campañas del Edén, vuestros aromas
embriáguenme de incógnita dulzura;
y, en fúlgidas centellas,
la sien me glorifiquen las estrellas.

*
* *

¡Quién surge en lontananza
entre civiles ondas, imponente?
¡Quién, con sublime majestad, avanza
para Caudillo de la humana gente
bañando en claridades
a las primeras y últimas edades?

Y ¡quién, por excelencia,
hizo brotar, y levantarse tanto
en la Industria, en las Artes, en la Ciencia
al Ecuador salido por encanto
de entre breñas incultas
al áureo circo de Naciones Cultas?

¡Quién, sin medidas lentas,
por llevar, contra el Siglo, temerario
al Mando Popular entre tormentas
la Libertad nacida en el Calvario;
en una lid, que espanta
se yergue, se engrandece, sé agiganta?

¿Quién?.... ¡García Moreno!
la frente orlada de impasible calma;
de luz, de fuego, de esperanzas lleno;
en otra Creación, flotando su alma;
del Guayas a la orilla,
al Mundo de Colón temprano brilla.

*
* *

¡Sus! inclito Dechado,
en los remotos siglos sin ejemplo;
patente para tí y engalanado
con astros nuevos de la Gloria el Templo,
de pie sobre su cumbre,
centellarás ardiendo en viva lumbre.

¡Emulan, en grandeza,
la inmensidad sublime de los mares,
tu saber, y tu audacia, y fortaleza,
tu próspera intuición en los azares,
tu omnipotente mano,
Encarnación del Genio americano!

Innumerables gentes
con noble orgullo y voces lisonjeras
te reclaman en lenguas diferentes
con arcos, y trofeos, y banderas
en las múltiples zonas
del Guayas majestuoso al Amazonas.

Emprende la carrera
aún por sendas al honor ignotas:
la Ciencia te las orna placentera
con flor desconocida en el Eurotas
y vívidos cambiantes,
tomados de su cerco de diamantes.

Cual diáfanas visiones
del sol en torno; van en coro inmenso
las niñas dando al aire mil canciones
entre perfumes de aromoso incienso,
y matiz de floresta,
y visos regios de tan nueva fiesta.

Convulsa, loca de ira,
en arco puesta la cerviz proterva,
de tu carroza con despecho tira
lanzando al cielo de su lengua acerva
injurias, maldiciones,
la Rebelión crinada de escorpiones.

Esos que, con despejo,
flotando yelmos hacia el sol luciente
van tras la pompa del triunfal cortejo,
por tí despliegan en la lid ardiente,
del galo, la arrogancia;
y del germano, el arte y la constancia.

Abierto el Capitolio
a los acordes de marciales sonos,
en torno alborear del alto solio,
atónita contempla tus blasones
con luz halagadora
la de los Shyris imperial Señora.

¡Por fin, esa mañana
fulgurante en la clara profecía
del Padre de la Patria Colombiana
te admiran aspirar, oh Patria mía,
del Bóreas las auroras;
la Cruz del Sur en sus nocturnas horas!

*
* *

De Quito el pavimento
Flora con parques y vergeles borda;
enjámbrase el Taller; orosin cuento
a las Industrias por doquier aborda;
veloz, en rumbos ciertos,
la Nave llega a los ignotos puertos.

Estrellas que, en intensas
claridades, aún sin nacimiento,
brillando váis por órbitas inmensas
En el abismo azul del firmamento,
a par de Orión y Antares
Urania en Quito ya os levanta altares.

Bien, en la cima yerta,
páramos tristes de amarilla paja;
bien, en la arena de zarzal cubierta,
denso, rollizo, corpulento cuaja,
de frondas entre velos
el eucalipto en busca de los cielos.

Sobre ese laberinto
de montañas, torrentes y cascadas
fingen inmenso, desenvuelto cinto
los puentes de granito y las calzadas;
do el auto en vuelo insano
devora el linde del confín lejano.

El nevado paisaje
rieladas muestra sus peinadas rocas,
a que los trenes al peñón salvaje
resoplando ascender en ansias locas
el cóndor con la fiera
crispados miren por la vez primera.

Cese, Avischiri, el llanto
de aumentar las corrientes de tu río;
de Redención delante el Signo Santo,
depuesto el yuyo de opresor impío,
yergue la sien: la aurora
plateada de la Fe, tu frente dora.

¡Albricias! tus moradas
dejan los pumas de pintadas pieles;
al través de tus selvas encantadas
voló el germano por bruñidos rieles;
las patrias naves solas
rompen del Napo las doradas olas.

*
* *

¡Rayó del triunfo el día!
¡En fondo de laurel y rosas de oro,
tejed de lirios y clavel la vía:
el Ecuador su pristino decoro
recobra en los colores
irisados de Tarqui en los fulgores!

A las áureas caricias
de un sol presagio de una edad galana,
de Bolívar, ensueños y delicias
ven de nuevo, Baudera Colombiana....
¡Si me inflamase un tanto
de Olmedo el nunen y el divino canto,
al celebrar con bríos
a mi Ecuador ardiente en patrio celo
cruzando bosques, invadiendo ríos
en torno tuyo, por salvar su suelo,
tus triunfos cantaría
en cascadas sublimes de armonía!

¡Mirad ese torrente
cómo sus tumbos del peñón explaya!
así improviso la peruana gente
huella del Guayas la risueña playa
soplando civil tea
seguros de sus triunfos en idea.

Voces amenazantes,
guerreras naos, puleros batallones
con necio orgullo de seis mil infantes
ondean victoriosos los pendones:
que solo su Castilla
de unos gozquejos la insolencia humilla.

Y la hueste peruana,
por fin de Tarqui su pudor vengado,
para mengua a la estirpe colombiana
te abrió, Ecuador, la tumba en el Salado....
Irisoria porfía:
¡bulle doquiera el Genio de García!

Por él a la palestra
convertido en soldado el ciudadano,
sagaz, altivo con primor se adiestra;
y bajo el casco del coreel lozano,
por el valle y la sierra
se oye a lo lejos retumbar la tierra.

De los ejes, querellas;
y de las fraguas, lanzan de contino
las fábricas en Chillo mil centellas,
a dar forzadas, en lugar de lino,
obuses, y cañones,
y pólvora, y fusiles, municiones.

Los valles animados
al ronco grito del mugiente toro,
descienden de los Andes transformados
en luminosas cataratas de oro:
¡qué de prodigios puede
el patrio amor, si despertar sucede!

Todavía caliente
de joven madre el beso postrimero
en la tersura de la nivea frente,
cuando, traídos del clarín guerrero,
con bélica arrogancia,
dejan los niños la paterna estancia.

¡Qué importa en vivos lampos
tersos fusiles del peruano apoyo
estallen con fiereza, si, en los campos
de Pisquiurco, Sabún y Babahayo
ardiente el pecho late
al nombre de García en el combate?

Y ¡qué los enhiestos
Andes con sus abismos y barrancos?....
y ¡qué del mar los brazos interpuestos
con selvas primitivas a sus flancos,
allí, si de García
los arrastra, y aguija la osadía?

Con él, por la sabana,
ansiosa vuela a la victoria o muerte
la noble Juventud Ecuatoriana:
fulgúrale en la sien la misma suerte;
el mismo canto esnecho
que en Boyacá, Pichincha y Ayacucho.

Ufanos, altaneros,
evocada de Sucre la memoria,
a todos se adelantan los Lanceros
en cantos tributando de victoria
olímpicos loores
al nombre claro del excelso Flores.

Y otra vez el guerrero
a las huestes hispanas indomable
altivo entre los bravos va el primero.
Sonó su voz de mando formidable:
"Impaciente os reclama
en estos campos la brillante Fama."

"El invasor injusto,
feroz tan sólo por la fuerza bruta,
contra la Patria en ademán adusto,
trazó en los mares victoriosa ruta:
ante esta villanía
de Tarqui recordad el claro día."

Dijo; y, cual de la comba
montaña en los calores del estío
la polvorienta, retorcida tromba

rodando con pavora al sembradio
las mieses desbarata,
y en rápido girar las arrebatá;

en el estadio abierto,
así al enjambre denso de traidores,
con paso firme y pecho descubierto
barriendo van los bravos Vengadores
en la vasta llanura
y en la cumbre crizada de la altura.

Ya, en la planicie amena,
antes vergel de fresca lozanía,
de mil gorjeos y matices llena
a la sonrisa de la luz del día,
¡sólo difunde espanto,
el negro espectro de cadáver tanto!

Al enemigo fiero
sus cuestras de trincheras infranqueables
le envanece, del Sol y el Artillero
con su Túmbez de piezas formidables,
que el mar y el bosque atruenan,
y de humo, y balas los espacios llenan.

Terrible en aquel alto,
al són del parche clamoroso y triste,
hiere y destroza en temerario asalto
la Quinta Línea que de frente embiste....
¡Horror!....y ¡cuánto duelo
por redención exige el Patrio suelo!

Del horizonte vago
sin cambiantes de luces vespertinas,
cual si ver rehuyese tal estrago,
asoma sin sus galas purpurinas
el Héspero en los Andes
entre crespones de nublados grandes.

Mas, al blandir la espada
Flores de nuevo en rayo refulgente,
de un nuevo Tarqui ¡ríe la alborada!
y en ninbo ciñe la atrevida frente
al Pueblo Ecuatoriano
último el eco del cañón peruano.

¡Salve! con la memoria
de este tu día puro, inmaculado,
entre purpúreas ondas de la gloria,
vivirás en los siglos, oh Salado,
cuanto haya el sol fulgores;
astros, los cielos; y tus ribas, flores.

*
* *

Desde hoy los Elegidos
del sufragio verán en los manejos,
de Atenas los Comicios repetidos;
y del Pueblo, en espléndidos cortejos,

por voto libre y justo,
irán los Padres al Senado Augusto.

Severa la Justicia
abolió de favores la almoneda;
incorruptible al fasto, a la avaricia,
desdeña el oro y la lujosa seda;
inflexible en sus fallos
con los amos iguala a los vasallos.

Los coros de luzeros
más alegres decoran el ambiente:
al Ecuador los sabios extranjeros
con regia envidia de lejana gente
le traen del Garona,
del Rin, del Tíber, palmas y corona.

En virginal decoro
la Libertad bañada, pregonera
de lo alto clama con su trompa de oro:
"Nimbo de luz a la Virtud austera;
por infame destino,
el lúgubre cadalso al Asesino".

¡Por fin!, del duro encono,
civil ya lejos, sobre muelle alfombra
de sus pingües sembrados el colono,
do fueron sus abuelos a la sombra,
en lluvias y en estíos
se goza con la flor de sus plantíos.

Por Julio, las gavillas
muy bien granadas y en sazón recoge
al canto de peones en cuadrillas;
colmada hasta crujir la vasta troje,
y a Dios rendido el culto,
duerme sin miedo a militar insulto

Y los dorados granos,
que, a falta de caminos, se podrían,
sin impuestos odiosos, inhumanos,
por anchas carreteras, ya los guían
de quintas y cabañas
al són del rondador en las montañas.

*
*
*

Libre de infames penas,
de esclava sin dogal a la garganta,
para reinar, deshechas las cadenas,
bella, como la aurora, se adelanta
del Cordero la Esposa
con su manto de lirio sobre rosa.

¡Venid, de Abril primores,
floridos en jazmín y en viva grana:
osllevaré a sus pies encantadores,
bien, cuando ella pidiere a la fontana
el deleitoso baño,
en las horas del sol, para el rebaño;

o, cuando desde el risco,
sobre nubes y alturas encumbrado.
en sus floridos pastos, al aprisco
mire de nieve y rosa recamado
sin purulenta roña
del error, ni mortífera ponzoña!

*
* *

¿A quién pintó inefable
Bello en sus Silvas con pincel superno?
—¡A mi Nación en frutos envidiable!....
Su rico aroma de vergel eterno
¡qué plácido perfuma
del Amazonas la flotante espuma!

No en vano: "Con lindeza
coronada de lirios y azahares,
cual la Diosa de amor y de belleza
del mar nacida a serenar los mares,"
surgió, de nube umbría
cándida el alba de la Patria mía.

¡Buen Dios! esa su noble
savía de Hesperia antigua no atosigue
el Aspid del Error; al vicio innoble
a la Flor de su Infancia, no la ínstigue
con dulces artimañas
para luego cebarse en sus entrañas.

Cuanto blanca se eleva
la Ermita al fondo del maíz florido,
siempre nos junte con la aurora nueva,
para que ¡nunca el Pueblo, de roído
sin religión, que inspire
virtud austera, embrutecido espire!....

*
* *

¡Nó!: en giro reluciente
le auguran en proféticas canciones
mil pueblos: "¡Gloria a la Nación valiente!
con los de Libertad, ¡brillantes dones!
que en imperial decoro
a Cristo sabrá dar su cetro de oro;"

Risueña asaz despunta
la blanca aurora del nacer de Junio;
su bella lumbre de rubíes junta
con la argentada luz de plenilunio
¡que, en la ciudad y aldea,
la Fiesta Ecuatoriana ya clarea!

Centuplica la selva
de los repiques los festivos sónes;
bajo el follaje de la madre selva,
trinan las aves mágicas canciones;
y ritmos dan las fuentes;
y en ecos mil retumban los torrentes.

Y el férvido alborozo
se explaya del ocaso hasta la aurora,
radiante en tanto de infinito gozo
del *Diez de Agosto el Pueblo* humilde adora,
dobladas las rodillas,
del Macará y del Carehi en las orillas;

y, en sus vastos confines,
al trueno del cañón por todas partes;
vibrando el aire al són de los clarines;
al áureo sol los patrios estandartes;
a Cristo en sumo imperio
aclama ante el Antártico Hemisferio.

Mas luégo por la cumbre,
o por la margen del florido llano
ardorosa a la inmensa muchedumbre
tendiendo rieles con robusta mano
ir se la ve delante
ávida del Progreso, cual gigante.

De la Fábrica el humo
copos rizados al azul enfla;
azucarado de la caña el zumo
en níveo aljófara de cristal destila,
da oro la teobrona
de su nutricia almendra y de su aroma.

Febril el Astillero
acomba en naves al añoso pino;
las rocas del lejano ventisquero
precipitan sus aguas al molino:
ya, sólo en toda parte
himnos se entonan a la Industria, al Arte.

“Si acaso los sicarios
de Pedro el trono a despojar se atreven;
y, en cien pedazos hechos los sagrarios
saltan, y en cáliz consagrado beben;
el Pueblo Ecuatoriano,
cómplice el Mundo, retará al tirano.

Por aquesta osadía,
timbre de orgullo de tan noble gente,
en el gobierno de los pueblos, Guía
pregona a su Caudillo eternamente
la voz de los clarines
de la tierra en los últimos confines.

“¡Salud, Atleta noble!
calló, ya el grito de la guerra dura;
como en las selvas por Abril el roble
hojas llueve; del Cielo la ternura
ofrenda en los altares
paz a tus pueblos, dichas a tus hogares.”

*
* *

Por el cerúleo ambiente,
el armónico són de esos cantares
va repitiendo cada vez creciente:
“¡Paz a tus pueblos, dicha a tus hogares,
sin hielos, ni tributos
tu suelo ondule en sazonados frutos!”

*
* *

¡Cuán pura y placentera
la voz virgínea de los coros santos
dijo armoniosa en la celeste esfera
tu nombre, Patria, convertido en cantos!
los cielos sonrieron,
y de flores los Andes se cubrieron.

Y de Cristo al amparo,
la amable Paz con el Saber florecen;
arroba Orfeo con su plectro claro;
y, entre aureolas de lumbre, resplandecen
hazañas a la Historia,
la vida, al Mármol; y “A las Musas, gloria.”

JULIO VACACELA, S. J.

